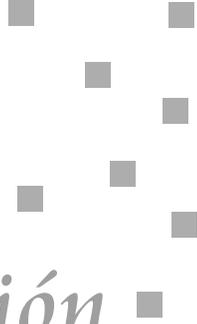


CUENTOS de los que nos CONTARON

**Testimonio de los encuestadores
Censo 2005**





Presentación

Ha culminado el Censo General 2005, y lo ha hecho con el mayor de los éxitos gracias, ante todo, a la entrega y el valor de los encuestadores. Virtudes que les permitieron visitar hasta el último rincón de la Patria, y constatar, como nadie más lo podría hacer, la enorme diversidad de un país pleno de coloridos y de valores.

En muchas ocasiones la acogida del lugar visitado era tan distinta a lo esperado o conocido que el encuestador con facultad observadora, además de registrar en el cuestionario del censo lo medible, fue más allá, grabó en su memoria todo aquello que hizo de su labor una incursión de riesgo, contemplación o satisfacción digna de ser recordada y contada a otros.

Muchos de ellos narraron a los otros actores del censo, los que lo viven desde los escritorios, estas historias que muestran la condición de Odisea....de Vorágine... de esfuerzo magno que fue más allá de lo previsible y nos traen una versión íntima y fresca de los sitios alejados o poco conocidos.

En cada cuento hay un lugar de la Colombia inédita, digna de ser entendida e integrada de lleno a los afectos de todos los compatriotas.

Algunas de las aventuras vividas por quienes tuvieron la paciencia de contarnos a los colombianos uno a uno en desarrollo del censo, son dignas de ser conocidas por quienes fuimos contados por ellos.

CRÉDITOS

Textos

René Pérez

Investigación y reportería

Luz Estella Betancurt

René Pérez

Fotografía de portada

Diana María Acosta C.

Fotografías:

Antonio Fernández

Arcesio Alexander Gallego

Carlos Rojas Contreras

Celina Pabón

Diego Fernando Suárez

Donaldo Torres

Edward Florez Maldonado

Francisco Franco Martínez

Gustavo Villegas

Hebert Marino Murillo

Jhon Fredy Rodríguez

Martha Olivia García

Mauricio Alemán

Orlando Benavides

Raul Sarabia

Rosalba Patricia Villarreal

Sandra Guerrero Barriga

SNE

Corrección de estilo,

Diseño y Diagramación

Patricia Lozano de Alarcón

Angela María Ruíz C.

Impresión

Talleres del DANE

Agradecemos a las siguientes personas que nos colaboraron con el relato de sus experiencias durante el Censo 2005.

Andrés Chacón Pascas

Arcadio Benítez

Carlos Andrés Hincapié

Carlos Arturo Aguirre

Carlos Ortega Mejía

Clara Inés Avello

Claudia Gallo

Claudia Patricia Castro

Daniel Andrés Fonseca

Dora Hincapié

Eduardo Huérfano

Ezequiel Quiroz

Henry Cárdenas

Hugo Armando Aguirre

John Tarache

José Herrera

José Luis Ramírez

Juan Carlos Vega

Karina Eraso

Luis Alfredo Medina

Luis E. Betancourt

Ricardo Marín

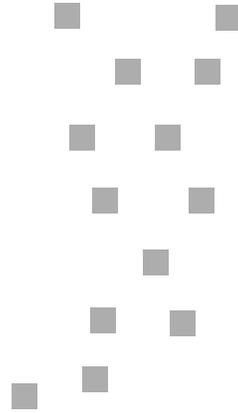
William Rafael Ramos

*Primera edición, mayo de 2006
Publicación auspiciada por el DANE*



ÍNDICE

EL SEÑOR NO	9
LA RUTA DEL ORINOCO	14
QUE PUEBLO TAN RARO	19
LOS HOMBRES DE NEGRO	22
AQUÍ OCURRIÓ DE TODO	31
EL ANGEL DE MONTE BONITO	36
EL CHOCO DE CLAUDIA	39
EL COLOR DE LA YUCA	45
LA BATALLA EN LA SABANA	49
LA SOBREVIVIENTE	53
CARTAGO, HISTORIAS DE VIVOS Y MUERTOS	57
CUANDO ALGO QUEDA "AHÍ MISMITO"	61
HISTORIAS DE ESPANTOS	64
EL CHOCO DE DORA	71
EN ESTE PUEBLO NO HAY LADRONES	76
LA SEÑORA DE GALAPA	80
TARDE DE TOROS	82
UNA HISTORIA PARA OLVIDAR	87
¡HOY SÍ FUE MI DÍA!	91
UN HÉROE, SIN PAPEL.....	97
TESTIMONIO GRÁFICO	109



EL SEÑOR NO

Durante 46 días, Carlos Arturo Aguirre Prado y su equipo estuvieron recorriendo los 3.280 kilómetros cuadrados del municipio caucano de El Tambo (el tercero más extenso del país), sus 220 veredas, 20 corregimientos y tres cabildos para censar a más de 63 mil personas. Incluido el posiblemente único verdadero ermitaño existente en el país.

Como corresponde a todo ermitaño que se respete, a éste lo hallaron dentro de una cueva en un sitio sin nombre, ni vecinos y sin nada más que dos bluyines, dos camisas, unas botas pantaneras, dos piedras para moler y cuatro troncos de madera que le sirven de cama, mesa y silla.

Así vive desde hace 17 años. Pero no es un indigente. Es un ermitaño. O sea, según los diccionarios, una persona que vive en soledad.

También como corresponde a un ermitaño de verdad-verdad, por poco se queda fuera del censo.

El 2 de marzo pasado, Aguirre Prado, coordinador municipal, y sus empleados, se disponían a dar los toques finales a su trabajo cuando fueron interrumpidos por varias personas.

---- Miren, les dijeron, en una veredita del corregimiento San Joaquín hay un señor sin censar, que vive solo. Pero advertimos: es un sitio a donde es muy difícil llegar.

Era un
municipio
extraño,
grande y
olvidado

El corregimiento ya había sido encuestado. Sin embargo, tras comprobar la seriedad de la información, Aguirre Prado dispuso un equipo con un conductor, un supervisor y dos encuestadores.

---- ¿Tantos para una sola persona? --- le preguntaron.

---- Sí. Primero, por seguridad; segundo, porque el censo tiene que ser lo más completo posible y porque éste se hace personalmente, no con los datos que alguien suministre. De todas maneras necesitamos permiso ---contestó Aguirre.

No estaba errado, porque San Joaquín se encuentra cerca de Cuatro Esquinas, un lugar con problemas de orden público. De hecho, semanas atrás habían asaltado a otros encuestadores. Una vez con el permiso y cumpliendo las obvias normas de seguridad, salieron para ese sitio sin nombre, cosa que no sorprendió al coordinador, pues siempre, durante su trabajo, El Tambo le había parecido “un municipio extraño, por lo grande y lo olvidado, y porque su levantamiento cartográfico, aunque está actualizado, no permite precisar si algunas veredas son del Cauca o del Valle”.

La única pista que tenía para encontrar al ermitaño era una cascada. También sin nombre, desde luego. Para la primera parte de la jornada utilizaron un carro. Al cabo de media hora de bambolearse como en una montaña rusa, debieron bajarse y descender por la falda de un cerro de tierra amarilla-colorada. Hasta que, dos horas más tarde, encontraron un senderito empedrado. De acá siguieron por monte cerrado, abrupto, buscando una quebrada.

---- Sigán por la orilla de esa quebrada y cuando encuentren unas rocas muy grandes se pasan por ahí al otro lado... con mucho cuidado ---les habían dicho.

Y así lo hicieron. Ya en el lado opuesto, se vieron obligados a subir por un empinado bosque silvestre “que en un punto tiene una trocha y por ahí sigan”. Y siguieron durante una media hora más, dando trapiés, sudando, agotados...cuando de repente se les apareció la cascada:

Un chorro de unos ocho metros de alto que se desprende de la montaña y que en un proceso milenario abrió en la tierra un estanque de aguas transparentes, frescas, tranquilas y con una peculiaridad inesperada: es la “puerta” de la cueva del ermitaño. Una cueva enorme. Quizás de 15 metros de ancho por cuatro de fondo, según calculó el, en ese momento, boquiabierto equipo encuestador.

Allí, a la entrada de la cueva, los recibió un hombre de 73 años, delgado pero atlético, de 1,75 de estatura, blanco, de ojos negros, cabello canoso y ondulado y con la apariencia de un campesino en ropa de trabajo.

---- Me llamó Roberto, les dijo.

---- ¿Y su apellido?

Cogió
varias
pepas
de café y
las molió
con dos
piedras



---- Sólo Roberto... porque no me acuerdo del apellido.

Con timidez, quizás por la falta de trato frecuente con otras personas, les reveló que nunca se había casado ni tenía hijos, que era oriundo de El Tambo y que no sabía leer ni escribir “porque nunca fui a la escuela”.

--- Tengo una hermana, pero creo que no me quiere porque no se interesa por mi ---les contó.

La única pista era una cascada de ocho metros

En ningún momento quiso averiguar por qué lo visitaban, y cuando Aguirre Prado le dijo que estaban practicando un censo de población, simplemente les respondió con tono suave que no sabía qué era eso. Ese mismo tono lo mantuvo durante toda la conversación, en la que se mostró como un hombre de fácil entendimiento, si bien sólo hablaba cuando le preguntaban algo.

¿Y de qué puede vivir alguien incrustado por aquellos aislamientos? Sin mucha palabrería les señaló una especie de andamio de madera amarrado con lazos:

--- Me contratan para fumigar chontaduros.

Un trabajo para expertos, pues tiene que subir por el tronco de esa palma de doce metros de altura y cubierto de púas. A pesar de lo arriesgado de la faena, la paga que recibe es ridícula: el almuerzo y 1.500 pesos diarios cuando ocasionalmente lo contratan. Algo que para este ermitaño le debe importar poco. Entre otras razones porque alrededor de la cueva tiene cultivos de café, plátanos y yuca.

--- Nos llamó la atención que no corta el racimo de plátanos completo, sino que coge sólo el que se va a comer --recuerda Aguirre. Como también recuerda que allí se tomó el mejor tinto de su vida:

--- Cogió varias pepas y las molió con las dos piedras. Luego, con agua del chorro, hizo el café. Es impresionante esto, porque esa tierra es caliente, por eso se da el chontaduro. Es como si únicamente hiciera frío en la cueva y sus alrededores.

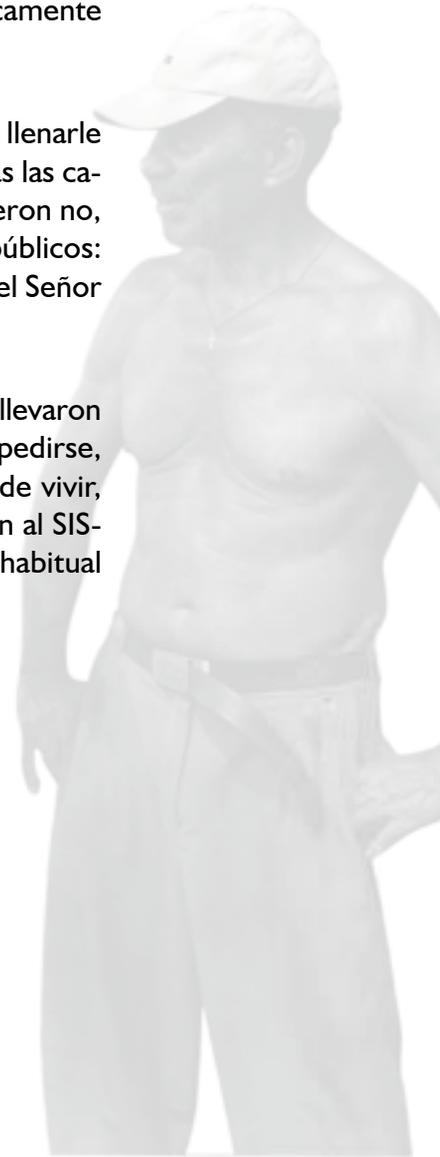
Igualmente resultó impresionante para los encuestadores llenarle el formulario. O por lo menos curioso, porque en casi todas las casillas tuvieron que escribir no. Hasta en la de vivienda pusieron no, con la observación de que vivía en una cueva. “Servicios públicos: no; baño: no; salud: no; educación: no. Definitivamente es el Señor del no” ---pensaron.

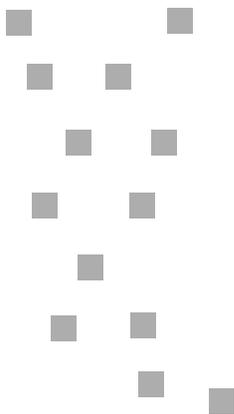
Días después, Aguirre Prado regresó con unos amigos. Le llevaron a Roberto una colchoneta, cobijas, toallas y ropa. Al despedirse, le ofrecieron su colaboración para buscarle otro sitio dónde vivir, una casa de abuelos, por ejemplo, y gestionarle su afiliación al SIS-BEN. Como era obvio, respondió con su contundente y habitual monosílabo:

--iNo!

Además, ofreció una explicación incontrovertible:

--- Acá estoy bien ¿O no les parece?





LA RUTA DEL ORINOCO

La ciudad no había cambiado gran cosa. Aparte de nuevas calles cubiertas ahora por el asfalto, más hombres uniformados y muchos bares que antes no existían, Carlos Eduardo Huérfano Hurtado se encontró con el mismo Puerto Carreño, ese lugar apartado del país por tres ríos, la selva y el olvido, del que había partido hacía apenas dos años y a donde regresaba ahora con la misión de contar su gente, que cada vez es menos.

Porque de allí, de la capital del departamento del Vichada, todo el que puede se va.

“Lo primero que hice cuando me nombraron coordinador municipal del censo fue contactar a los indígenas, que son el 60 por ciento de los habitantes y que no se dejan encuestar por alguien que no sea uno de los suyos y que no hable su lengua. Por eso de los 28 encuestadores, once eran indígenas y creo que esa fue la clave del éxito del operativo. Censamos toda la región”.

Una región que amanece, vive y sueña en otro país. Puerto Carreño tiene la hora venezolana, que se adelanta sesenta minutos al tiempo de Colombia. A la ciudad y sus 23 barrios solo los separa del territorio venezolano el río Orinoco y la gente vive mirando hacia esa tierra vecina esperando la menor oportunidad para pasarse. La luz, que llegó a Puerto Carreño hace apenas un año, es venezolana. Los lujosos autos que transitan por sus calles también lo son. Y al hambre de la mayoría de sus habitantes la calma, en gran medida, el mercado y la gasolina de Venezuela.

“En Ayacucho, capital del estado venezolano de Amazonas, un galón de gasolina cuesta \$500 lo que en Colombia vale \$4000. La gente que va allí por gasolina se pasa el río en bongos, de noche, porque la Policía hace operativos y se la quita. Y en el muelle de Puerto Carreño hay permanentemente un policía con el que uno tiene que inscribirse cada vez que entra o sale de la ciudad. Lo mismo ocurre del lado de Venezuela. Me imagino que en esas listas debe haber muchos nombres repetidos de la gente que todos los días va en las lanchas ‘voladoras’ a comprar el mercado y regresa horas después”.

Puerto Carreño queda escondida entre los árboles de mango que la hacen la segunda ciudad más arborizada de Colombia. “Hay tantos mangos”, cuenta Carlos Eduardo Huérfano, “que el tertuliadero más famoso de la ciudad se llama Radio Mango y se mantiene cubierto por los frutos que le caen encima. A comienzos de la cosecha, el Alcalde contrata gente para que los recoja y los bote”.

Los mangos de Puerto Carreño son frutos solitarios porque en esa región no existe cultura del cultivo. Es una tierra de “colonos”, como se le dice a todo aquel que no sea indígena, dedicados al comercio, una actividad que reemplazó todas las demás con excepción de la pesca. La zona rural está dividida en cuatro inmensas fincas:

Deben
contratar
gente para
que recoja
los mangos
de las
calles



Monserate, Méjico Lindo, Tinajita y El Carajo. “Esos son los puntos de referencia para los pobladores. La gente se ubica más fácilmente por esas cuatro haciendas y poco le importa los nombres de las veredas ».

Si la pesca sigue ocupando algún lugar en el quehacer de los pobladores, es porque la ciudad es una isla rodeada por los caudales del Orinoco, el Meta y el Vita. Sin embargo, pese a tanta abundancia, el servicio de agua de Puerto Carreño es un lujo costosísimo. A las aguas de los ríos se suman las de las inundaciones. Las lluvias de invierno inundan la ciudad convirtiendo sus calles en afluentes del Orinoco. Cuenta Carlos Eduardo Huérfano que para hacer el censo tuvieron que movilizarse en chalupa, voladora y moto aprovechando el verano porque, de esperar al invierno, hubiera sido imposible pues la sabana se inunda completamente y no hay vías por donde andar.

Son
tantos los
vacíos,
que los
aviones
brincan

“A los encuestadores les tocó muy duro. Aquellos que tenían por ruta el río Orinoco tuvieron que alquilar chalupa y pernoctar porque debían recoger a los indígenas a las dos de la mañana, antes de que se fueran a trabajar en sus cosas. Además, tuvieron que enfrentar la cantidad de plaga que hay allí, me refiero a los temibles zancudos y mosquitos, hay tantos que es normal que la gente no duerma en sus habitaciones sino en toldillos que tienden afuera de las casas. Y es que el Orinoco es tan grande que desde Carreño no se ve la otra orilla y uno ni siquiera sabe si va para adelante o para atrás”.

Dicen que Puerto Carreño es como una prisión. No hay muchas formas para entrar o salir de allí. Existe, por ejemplo, un vuelo diario de Satena que funciona cuatro veces por semana. “Es curioso porque siempre llega lleno y se va repleto”, afirma el coordinador del censo.



También es posible utilizar el avión del mercado que aterriza todos los viernes, cargado de verdura pero en el que sólo hay espacio para seis pasajeros.

«Otro medio de transporte es ‘Potro Loco’, un destartalado DC3, que le dicen así por lo lento y porque además agarra todos los vacíos y, en consecuencia, brinca. Este avión sale los domingos desde Villavicencio hacia Carreño con carga y pasajeros y se regresa los lunes. Cada vuelo cuesta 300 mil pesos y demora cuatro horas en su único trayecto. »

Con tanta agua que azota la región, un medio eficaz para salir o entrar a la ciudad es el “yate”, como burlonamente llama la gente a un modesto bote con motor fuera de borda en el que sólo caben trece personas. 150 mil pesos vale el viaje por el Orinoco y el Meta desde Puerto Carreño hasta Puerto Gaitán. El Orinoco también sirve de ruta para llegar a Cazarito, una inspección de Policía que queda frente a Puerto Ayacucho, capital del estado de Amazonas en Venezuela.

Carlos Eduardo Huérfano cuenta que por tierra sólo es posible llegar a Puerto Carreño entre el 15 de diciembre y el 15 de marzo, período que corresponde a la época de verano, pues intentar avanzar por carretera en invierno es imposible debido a las inundaciones. Tres días tarda el bus de la flota La Macarena en recorrer los mil kilómetros que separan a Villavicencio de la capital del Vichada. El conductor siempre es el mismo y la única parada de esas casi ochenta horas de ruta se hace en el municipio de La Primavera. Allí los pasajeros pasan la noche y desde Puerto Carreño no cesan las llamadas para averiguar cómo ha sido el viaje y calcular la hora en que va a llegar el bus.





Y en cualquier momento, aparece en Puerto Carreño un artefacto destartalado y rodante que carga encima todas las cosas imaginables: colchones, bicicletas, neveras, estufas y otros electrodomésticos. El bus viene sin bomper para evitar que se golpee y trae las hojas de los resortes todas curvadas para que se levante y sobreviva a los huecos del camino. Con todo y eso, tres días dura la reparación del bus después de cada entrada a la ciudad.

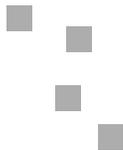
La gente
baja del
bus con
la cara
cubierta de
tierra roja

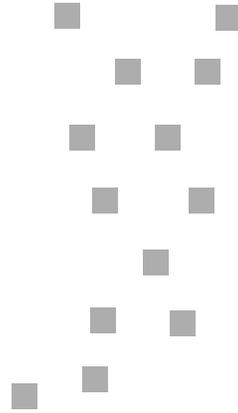
“Esa llegada es un espectáculo. Desde el Limón, un sitio turístico que queda a seis kilómetros de la cabecera municipal, el conductor viene echando pito y, apenas llega, dos patrullas de la policía se cuadran, una adelante y otra detrás del bus. Entonces, se abre la puerta y comienzan a bajar unos seres irreconocibles, con la cara toda cubierta de tierra roja y en la que apenas se pueden distinguir los ojos. Inmediatamente, la Policía se dispone a pedirle la cédula de ciudadanía a cada uno de estos pasajeros y por radio solicita sus antecedentes. Dicen que es para cuidar quién llega al municipio”.

El patio de una casa es el lugar donde estaciona el bus. Esa es la agencia de flota La Macarena pues en Puerto Carreño no hay terminal de buses. “Para qué, si no hay transporte, dice la gente”.

Después de varias semanas de reencontrarse con Puerto Carreño, Huérfano repitió lo que hace toda la población los domingos: subir al cerro de La Bandera (el mirador de la población) para observar al pueblo. Y le ocurrió lo de siempre: los árboles no dejan ver la ciudad.

“Sí, este es un pueblo ignorado”, dijo mientras descendía del mirador.





¡QUÉ PUEBLO TAN RARO!

Cabuyaro, municipio distante tres horas de Villavicencio, tiene 50 manzanas, seis buses largos y viejos para trasladar a sus habitantes a las veredas, cien casas desocupadas y solo niños y jóvenes, pues los adultos se la pasan sentados a la orilla de los ríos Meta, Humea y Upía pescando y durmiendo en chinchorros con toldillos que cuelgan en chozas de palma.

Por eso a José Herrera, coordinador municipal del censo, se le vino a la boca la única frase posible cuando entró por primera vez a esta localidad:

--- ¡Qué pueblo tan raro!

Pero en realidad no es tan raro. Lo que sucede es que allí da la impresión que hubiera estado Jesucristo multiplicando los peces. La pesca es la razón de la existencia de Cabuyaro, porque es abundante



aun en las circunstancias actuales, cuando ha decaído en comparación con años anteriores. Así, parece que sus habitantes vivieran en una especie de Paraíso Terrenal.

Muy de mañana, arrojan a los ríos las redes o los anzuelos, luego se reúnen en grupos para hablar de todo, beber trago, comerse un estupendo sancocho de “amarillo”, “curdinata” o “nicuro” y más tarde, por la noche se levantan a recoger lo que ha caído en las trampas para vendérselo a los cinco intermediarios del pueblo. Esta rutina se repite días tras día, semana tras semana, año por año, sin agites laborales, sin marcar tarjeta, sin jefes de División y en envidiable comunión con sus mujeres, que trabajan a la par de los varones.

“Nosotros
no
servimos
para
trabajar
con
horarios
fijos”

Todo ello se explica porque los 500 pescadores carnetizados ---al igual de los que no lo están---, miran con desdén las plantaciones de palma africana que hay en el municipio, cuyos jefes tuvieron que “importar” trabajadores de los municipios de Cumaral y Paratebuena.

--- Nosotros no servimos para esos horarios de lunes a viernes. Lo nuestro es la pesca, trabajar independientes ---dicen en su “llanero” franco y sin timideces.

Esto también explica en parte por qué hubo problemas para conseguir los encuestadores. Se tuvo que abrir una convocatoria pública y llegaron 37 hojas de vida, pero a la hora de la verdad, cuando habían seleccionado 12, los aspirantes no aparecieron. Entonces José Herrera se dio a la tarea de buscarlos puerta a puerta.

Además contrató a un hombre, que por azar no estaba pescando, para que le hiciera labor de perifoneo, promocionando e informando sobre el censo. El tipo, sin medir consecuencias, casi mete en

tremendo lío a José Herrera, a lo mejor despabilado por una vida que transcurre con la suavidad de un ventorrillo.

Ni más ni menos, le dio por pregonar desde el parlante, a pleno pulmón, que el gobernador les iba a dar casa ibasado en la información del censo! Por suerte, la promesa la hizo en el lugar menos indicado, si se tiene en cuenta que existen cien casas desocupadas, muchas de ellas desde hace más de una década.

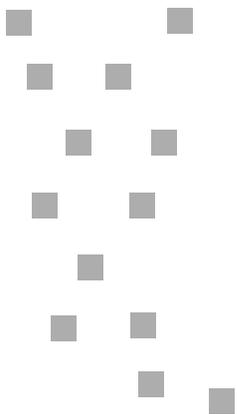
Ciertamente, los ríos con sus millares de peces que circundan a Cabuyaro, lo mismo que sus trece veredas son la “bendición” para sus moradores, considerando la fuerte concentración de la tierra en tan pocas manos y que la ganadería es de un solo dueño. Pero ahí están esas prodigiosas aguas, por donde obligadamente se hizo la travesía para el censo. En esas circunstancias, los encuestadores tuvieron que trabajar en lanchones, buscando las concentraciones de pescadores.

De todas maneras ir a algunas veredas solo era posible en motocicleta, pero en el municipio no había un solo vehículo de este tipo y el equipo al mando de Herrera debió andar de arriba para abajo y de allá para acá buscando una moto. Cuando por fin consiguieron por entre las fincas tres, les fueron alquiladas a precio de oro.

Sin embargo, esto no fue obstáculo para que realizaran su trabajo en un honorífico ciento por ciento. Además, durante ese trasegar descubrieron el sueño primordial que guarda debajo de su sabrosa apatía la gente de Cabuyaro y sus ríos: ¡El muelle!

Ese muelle tiene una inversión de 50.000 millones de pesos, está previsto a seis años y les facilitará llegar hasta el bajo Meta, donde la pesca resulta más prodigiosa, para mayor tranquilidad de esas vidas, a lo Adán (antes de comerse la manzana, claro).

Tuvieron
que
alquilar
motos a
precio
de oro



LOS HOMBRES DE NEGRO

---- Sí, señorita, yo soy trabajadora sexual. Pero ahí, en esa maquinita, yo quiero que quede como de trabajos varios...

No pasaba de los 20 años y definitivamente era bella. Estaba vestida nada mas que con una exagerada minifalda negra y una blusa de seda transparente rosada, como para resaltar aun más su marcada coquetería. Coquetería que de todas maneras dejaba filtrar asomos de tristezas.

Clara Inés Abello, le sonrió, y continuó con la encuesta. A estas alturas de su trabajo ya casi nada la sorprendía, aunque la ingenuidad de la jovencita la conmovió. Como le ocurrió muchas veces durante los tres meses que estuvo de supervisora del censo en la zona más difícil de Bogotá, tiempo en el cual se mantuvo entre lo cómico y lo trágico y palpando todas las miserias humanas.

Por su condición de superiora jerárquica de varias encuestadores de una de las zonas “negras” de Bogotá, fue testigo de muchas

“negras” situaciones en las pocas semanas que duró el censo en el lugar.

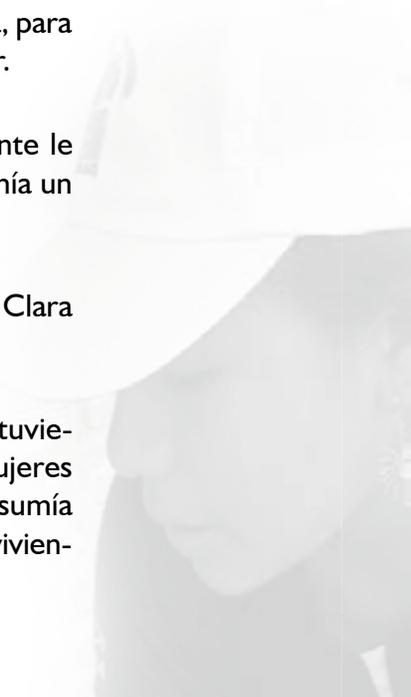
---- Yo me preparé para afrontar este reto, y lo asumí como una experiencia que me daría mayor madurez ---recuerda esta licenciada en pre-escolar y con quien bastan unos minutos de conversación para concluir que es dueña de un arrojo especial: es sensato.

Lo puso a prueba a lo pocos días de iniciar labores. Bajaba de los cerros del barrio Los Laches y al momento de precisar una dirección, la cercaron cuatro hombres armados de tres puñales y un revólver. Le robaron todo lo que pudieron robarle. Incluso los zapatos, que los llevaba en un maletín porque para poder censar en los cerros y no resbalarse por los aguaceros se puso chancletas. Además la hirieron en el pecho, por suerte sin gravedad. Al otro día regresó al trabajo. En el mismo barrio. Y sucedió lo inexplicable: le tocó censar la vivienda de uno de los matones. Al final del cuestionario, lo miró a los ojos y le dijo con una decisión de antología: “¡Devuélvame mis papeles!”. El atracador se desconcertó y delató a sus compinches. Él mismo la acompañó a donde el resto de la banda, casa por casa, para que recuperara los documentos. El último era el del revólver.

----Y es que pensaba matarme ---le inquirió. El delincuente le respondió con lo inconcebible: “Por qué se asustó, si solo tenía un tiro”.

---- En esas circunstancias uno tiene que ser frío, afirma Clara Inés.

Frialdad que también tuvo cuando en un inquilinato le retuvieron a uno de sus ocho encuestadores. Varios hombres y mujeres lo encerraron en la azotea bajo la amenaza de que si no consumía estupefacientes de “allí no salía”. Clara Inés se hallaba en otra vivien-





da esperándolo. Al no llegar a la hora fijada se dirigió al inquilinato. Llamó a la puerta, pero nadie le abrió. ---- Me vieron el chaleco del Dane ---pensó. Entonces se lo quitó y tocó de nuevo. Salió una mujer en ropa interior, quien seguramente la confundió con una compradora de droga. ----Cuánta, cuánta ---- le preguntó con desespero. --- ¡Soy del Dane!, le respondió mientras franqueaba la puerta. Se fue directo a donde tenían inmovilizado el encuestador. Se identificó otra vez con en el mismo arrojo. Hasta ahí llegó la amenaza.

“Yo me preparé para afrontar este reto”

Cuando Clara Inés habla de sus experiencias como encuestadora en un sitio tan peligroso como el que le correspondió, lo hace sin alardes, sin aspavientos. A tal punto que si alguien la viera de lejos creería que está en una sesión de chistes, porque no deja de reír. Pero es consciente de lo arriesgado que fue su labor en esa zona bogotana que algún despistado bautizó como barrio La Favorita; por eso califica de “horroroso” y “aterrador” lo que nunca imaginó que existiera. No obstante también fue espectadora de lo tragicómico que sucede en ese sector de la ciudad.

---- Me correspondió un edificio de cuatro pisos habitado únicamente por “gays”. Había 25. Fueron especiales con nosotros, nos atendieron como a reinas. De todas maneras mis compañeras mantuvieron los ojos fijos en los DMC, no miraban para ningún otro lado... y cómo lo iban a hacer si llegamos en el momento en que se arreglaban para ir a “trabajar” y no les daba pena nada... estaban casi desnudos mientras se rasuraban, se hacían masajes entre ellos, se pintaban la cara unos a otros. Bueno, con tanto tiempo de trabajo uno termina medio amigo de cualquier encuestado, por eso nos enseñaron ejercicios para mejorar el cuerpo... y hasta nos prepararon unos espaguetis muy deliciosos. Pero lo más chistoso fue que uno de ellos sin nada de timidez le dijo a un muchacho del equipo que le gustaba mucho... claro, éste se asustó y prefirió salir de allí.



Desde luego, no podía faltar la contraparte: una casa habitada solo por lesbianas. Se repitió la misma escena anterior. Una de las 17 mujeres que vivían allí apareció de repente con una toalla envolviéndole el cuerpo y con un ademán visiblemente prefabricado la dejó escurrir cuando se encontraba cerca de una las encuestadoras. Pero una severa mirada de Clara Inés la frenó en seco.

Algo similar les aconteció en una casa, mejor, en un edificio de lenocinio bastante publicitado. Una de las muchachas del lugar aprovechó un descuido de uno los encuestadores y le quitó el DMC. ---Usted es mío o no se lo entrego ---le dijo. Otra vez la mirada severa de Clara Inés, ahora acompañada de un determinante ¡qué pasa! ¡qué pasa! Acoso concluido. Sin embargo la tomadura de pelo de las arrevolveradas muchachas no concluyó. Y otra vez al ataque, ahora con un remedo de “strip tease”. Entonces se le llenó la copa de la irritación a Clara Inés. Se levantó de la silla donde estaba y les increpó:

----Esto es asunto delicado, es un trabajo serio. ¡Esto es del Estado!

----A mi no me importa el Estado, a mi lo que me interesa es el iestado de él! ---le respondió la frustrada bailarina. Todos estallaron en risas. Y el censo se realizó como en cualquier convento.

Sin duda, para Clara Inés y su equipo fue un trabajo arduo, complicado y complejo. Lleno de situaciones insólitas. Como trabajar en un edificio de cuatro pisos donde se hacinan ¡cuatro mil personas! O encontrar una pequeña puerta de latas tras la cual se esconde un palacete con todos los lujos posibles: mobiliario exquisito, electrodomésticos sofisticados, pantallas gigantes de televisión, cerámicas de marca y hasta automóviles igualmente de marcas prestigiosas.

“! Usted es mío o no le entrego la maquinita de censar!”



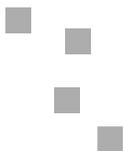
O encuestar a un “montón” de arquitectos, abogados, ingenieros, economistas aniquilados por la drogadicción. ---Me impresionó que entre esos profesionales, la mayoría fueran psicólogos ---dice con pesadumbre Clara Inés.

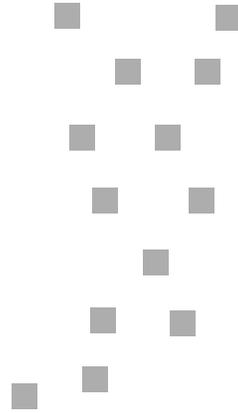
Pero su desconcierto máximo fue en el sector conocido como “El Bronx”. En vista del alto grado de peligrosidad del sitio, el equipo de encuestadores estaba acompañado por varios agentes de la policía vestidos de civil, quienes se ubicaron en sitios estratégicos a fin de proceder con rapidez ante cualquier situación de emergencia. Al momento de llegar a la primera vivienda para trabajar, fueron abordados por cuatro hombres fornidos, de rostros duros y con una especial indumentaria: abrigos largos de cuero negro. Les preguntaron quiénes eran y qué hacían. Clara Inés les explicó que estaban realizando el censo. ---Bueno, háganlo”, le respondió uno de ellos ---Entonces procedieron a alistar el equipo de trabajo.

“En esas circunstancias uno tiene que ser frío”

Hasta ese momento todo indicaba que no habría problemas. De pronto los individuos reconocieron a uno de los agentes, y con habilidad propia de profesionales del crimen sacaron de entre los abrigos sendas metralletas. ---Se desaparecen o los encendemos, les ordenaron ---- Vámonos, dijo Clara Inés con una serenidad envidiable. Aunque en realidad no se fueron, huyeron.

A pesar de esto, Clara Inés no guarda recelos para afirmar que “fueron experiencias espectaculares” y que ese mundo oscuro “sabiéndolo interpretar en su medida precisa sirve para crecer y madurar”.





“¡AQUÍ OCURRIÓ DE TODO!”

Carlos Ortega Mejía, gerente del DANE en Villavicencio, definió el trabajo censal en los casi 450.000 kilómetros cuadrados de territorio que le correspondió y en donde habitan cuatro personas en promedio por cada uno de ellos, con esta rotunda frase: “¡Aquí ocurrió de todo!”

--- Una vez salimos de Puerto Inírida en una voladora motor fuera de borda. La cosa marchaba bien hasta que el caño que tomamos comenzó a perder profundidad. Cuando fue imposible continuar, no hubo otra solución que la de orillarnos y buscar por dónde retomar la ruta. Como a la media hora nos encontramos un tractor. Lo alquilamos y, parodiando la canción, como no había camino y camino se hace al andar, lo metimos por la espesura de la vegetación, abriendo una nueva trocha. Para colmo, estaba haciendo un sol espantoso que nos golpeaba en plena en la cara. ¡Pero logramos enrutarnos!

William Rafael Ramos, al frente del operativo de esta regional, también vibró con este mundo insospechado en donde si algo lo



desconcertó fueron las enormes lejanías que separan un poblado de otro. Varias veces hizo trayectos de más de ocho horas para censar una población de dos o tres familias, con la misma desventaja de todo el equipo: moverse no por caminos transitables sino por los laberintos de la selva o por ríos y valiéndose de cualquier medio de transporte, incluyendo nuestras botas!

Carlos y William no rememoran estas jornadas como una queja, sino como una valiosa experiencia de esa Colombia que evoca irremediamente mundos fascinantes: Arauca, Vichada, Meta, Casanare, Vaupés, Guainía y Guaviare. Casi la mitad del país.

“Como no existían caminos contratamos tractores”

Aunque ambos nacieron muy lejos de estas regiones, se sienten tan llaneros como un joropo y tan hombres de la selva como un Nukak. Cuando hablan de sus aventuras, se les enciende el rostro y las palabras se precipitan como una catarata:

--- ¡Guainía es agua! Por donde uno vaya el agua sube más de un metro. A esto súmele los aguaceros. Hubo días en que no se pudo trabajar... y por la fuerza de las cachiveras (raudales) teníamos que salir del río o de lo contrario hubiéramos terminado despedazados. Entonces a caminar tres, cuatro o más días con el bote y los pipones de gasolina al hombro.

--- Las rutas que hicimos fueron larguísimas. La más corta fue la de Papunahua, una comunidad indígena en el Vaupés. Duró once días... La más larga fue la de Panapan, corregimiento de Guainía: ¡40 días! Esta tocó hacerla en tractor.

Otro viaje de mucho tiempo fue para encuestar al grupo de Nukak Makú asentado en Tomachipán, un caserío de San José del Guaviare. Gastaron nada menos que dos meses para censar apenas a 75 indígenas.



Efectivamente, les ocurrió de todo, hasta el extremo de mantenerse varios días guarecidos en las sedes del censo debido a los combates entre el Ejército y las FARC, como les sucedió a quienes estuvieron en Puerto Rico (Meta). O, según las orientaciones de los directivos, ser Shakiras: ciegos, sordos y mudos para no caer en las trampas de los grupos armados -pues “abundan paras y guerrilleros”-, cuando alguien quería saber qué opinaban sobre tal o cual suceso político. O encontrarse con situaciones tan insólitas, como las de Puerto Gaitán, donde sus pesos nos les sirvieron casi para nada porque allí lo que circula es el dólar.

A pesar de esto fueron más las ocurrencias sorprendentes: por ejemplo aprendieron que cuando una moto se pincha en la sabana simplemente se rellena el neumático con pasto, “y listo”. O que a la mayoría de los indígenas encuestadores no “les podíamos dar un adelanto del pago porque se toman hasta el último centavo y toca esperar a que les pase el guayabo para que comiencen a trabajar”.

--- Pero no lo hacen por derrochadores, sino porque para ellos el ahorro no existe. Vimos a un grupito de indígenas cocinar diez kilos de frijón y comérselos en una noche!

Las ocurrencias jocosas tampoco faltaron: en Puerto Carreño contrataron a dos indígenas para censar los asentamientos de Ocima, Calarcá y Meteo, ubicados dentro del perímetro urbano, aparte de algunos barrios. A uno de ellos, de apellido Chamarrabí, le correspondió encuestar a las monjas y sacerdotes que viven en la casa cural de la Catedral. Lo hizo aplicándoles el formulario general.

--- ¿Quién es el jefe del hogar?, preguntó.

Dos meses
para
censar
solo 75
indígenas



El sacerdote que lo atendía carraspeó.

--- Bueno ¿Qué relación tienen ustedes con él?, les inquirió a las monjas. Ellas se sonrojaron.

--- Entonces ¿cuántos hijos tienen?

Fue suficiente para el sacerdote. De inmediato salió ofuscado para la oficina del censo y se quejó por irrespeto. Desde un comienzo no aceptó explicación alguna, hasta que los funcionarios, que ya se veían cocinados en el infierno, finalizaron la discusión con un perentorio “¡él no entiende cómo son las cosas entre los sacerdotes católicos! Y pasó a explicar que por eso no los censó con el formulario de Lugares Especiales de Alojamiento”.

“¿Cuántos hijos tienen?”, le preguntaron a las monjas

No era el primer chasco en que Chamarrabí los metía. Días atrás le habían dicho que encuestara la comunidad de Ocima. Y él también les respondió con un perentorio “¡yo no censo a esos indios!

Pero al contrario de estos chascos ocurridos sin mayores consecuencias, fueron testigos de un acontecimiento que revela lo que en verdad es el sentido de patria, con unos protagonistas que no pertenecen a la “comunidad civilizada” sino a la “primitiva” de los Sáliva.

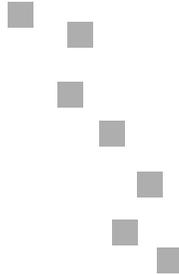
Nancy Guzmán, nativa blanca, odontóloga y secretaria de Asuntos Indígenas de Departamento del Vichada, se comunicó con Huérfano Hurtado mediante una carta en la que le proponía estudiar la posibilidad de encuestar a una comunidad Sáliva que estaba al otro lado del Orinoco, en tierras venezolanas. Le explicó que se encontraban allá aprovechando el verano para sembrar algodón, pero que eran del resguardo de Bachaco, de Puerto Carreño.

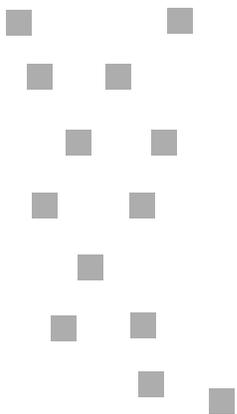
El funcionario le respondió que no podía cruzar la frontera para una misión de este tipo. “Solo hay un camino, que los traiga al lado colombiano del Orinoco”, le dijo por último.

Y así fue: 110 indígenas Sáliva descolgaron sus chinchorros de los árboles venezolanos, cruzaron en chalupas el río y habitaron de nuevo sus viviendas de siempre, en sus tierras colombianas de siempre.

Desde esos días, Huérfano Hurtado no se cansa de repetir que “Aquello fue algo hermoso... ver llegar a esos compatriotas nuestros con sus hijos, con sus pertenencias a cuestas, con su algarabía y porque no pusieron problema alguno a que los encuestáramos durante las noches de dos días seguidos”. El trabajo comenzaba a las seis de la tarde y a las cinco de la mañana regresaban de nuevo a las vegas del río, a continuar cultivando mientras el verano de cuatro meses se los permitiera. Y otra vez a sus malocas de palma moriche y sobre su propio territorio colombiano.

Definitivamente, allí ocurrió de todo.





EL ÁNGEL DE MONTE BONITO

Monte Bonito, al noreste de Manizales, es un pueblito muy pequeño y con forma de Y. Su clima es cálido y festivo, lo que no desaprovechan sus habitantes para vestir siempre jeans y camisetas esqueleto.

Las casitas son de bahareque, muy bien mantenidas y limpias, al igual que las calles. Se nota que todos viven contentos, pues hay dos discotecas, no pierden ocasión para armar una pelea de gallos, convidan a quien sea a desayunar o a almorzar y al momento de la despedida llenan a los forasteros de naranjas, plátanos y yucas. Un pueblito indiscutiblemente feliz. Pero en la madrugada del sábado 4 de marzo pasado, ese transcurrir de paraíso literalmente se derrumbó y se achicharró a punta de granadas y bombas.

Ese fue el único trago amargo que padeció el grupo de encuestadores rurales que estuvo en Monte Bonito. El censo lo habían desarrollado de manera normal: salían todos los días del pueblo a las 5 de la mañana y por las tardes volvían para reportar los resul-

tados. La gente les dio la colaboración necesaria, de tal suerte que lograron encuestar las 14 veredas en 15 días.

Unas horas antes de aquel día, para celebrar el cierre del censo, se fueron a tomar unas cervezas en el bar de Pacho, al frente de la Estación de Policía. Entre risas y brindis los cogió la una de la mañana, justo en el momento en que se iban a retirar.

En el último segundo de la despedida, los ocho amigos escucharon un tronar de disparos en la calle. Seis hombres, arrastrándose, buscaron refugio en el baño. Otro no tuvo tiempo de llegar a ese sitio y se protegió detrás de la nevera, frente a la puerta, que ya la había volado una granada.

--- Sentíamos que el piso se levantaba por la violencia de la explosiones. ¿Y uno qué hace en ese momento? Una sola cosa: encomendarse a Dios -recuerda uno de los encuestadores--. Entonces, por lo menos eso me ocurrió, uno empieza velozmente a ver el pasado, lo que no hizo, lo que hizo, la familia, los hijos. En esa zozobra yo guardaba la esperanza de que todo pasara rápido... pero aquello duró más de cuatro horas, que para mí fueron años...

Mientras tanto, las casas de baharaque vecinas al bar comenzaron a incendiarse, y en segundos se vinieron al suelo. El bar, por ser de ladrillo, solo recibió lengüetazos del fuego, pero suficientes para prenderle candela al mobiliario. Un humo macizo y negro se apoderó del recinto, y cuando los muchachos del censo sintieron que se asfixiaban y se asaban, ocurrió algo que ahora lo consideran un milagro: de la nada apareció un jovencito de 14 años, de camisa blanca. Tranquilo, con voz apacible y dueño de sí, les dijo que tuvieran serenidad, que se iban a salvar y comenzó a destapar botellas de gaseosas y de agua y a rociárselas. Todo el grupo se contagió de

Al momento
de la
despedida
lo cargan de
naranjas,
plátanos y
yucas



esta salvadora iniciativa, porque recuperaron los suficientes bríos para apaciguar el tremendo calor que los calcinaba vivos.

--- Fue como un ángel... No estaba entre las personas que departían en el bar, ni siquiera un señor que estuvo con nosotros y que es del pueblo lo había visto en su vida. Uno no se explica las cosas, pero después que nos habló, dejamos de desesperarnos y yo sentí mucha calma. Cuando todo acabó, el muchacho ya no estaba, y nunca más lo vimos, ni nadie supo de él. Digan lo que quieran, pero para nosotros fue un ángel ---rememora con seguridad otro de los encuestadores.

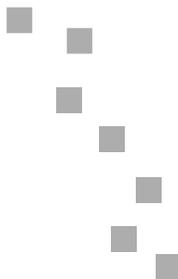
“Sentíamos que el piso se levantaba por la violencia de la explosiones”

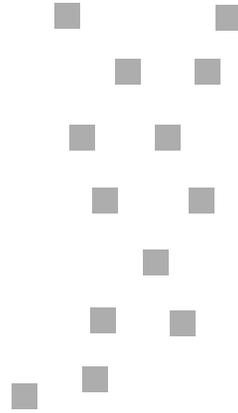
Cuando el Ejército y la Policía los rescataron, supieron que a Monte Bonito se lo había tomado una de las agrupaciones al margen de la ley y que se habían salvado porque no les tocaba morir esa madrugada. No tuvieron sino que ver la coladera en que habían convertido el bar, los esqueletos de las casas vecinas y el par de granadas que todo el tiempo estuvieron, durante las cuatro horas de infierno, al pie de ellos sin que --¿otro milagro?- hubieran estallado.

Brincando por entre los escombros y espantando a manotazos la humareda, se fueron a la casa que tenían arrendada, a cuadra y media del bar. Descansaron un rato, ordenaron los documentos del censo, se miraron entre sí las caras de cansancio y salieron de nuevo.

--- ¿A qué?

--- ¡A ayudar a los damnificados! Es que ante este desastre no hay cansancio que valga.





EL CHOCÓ DE CLAUDIA

Claudia Gallo, una antioqueña cuya profesión es nada menos que la de ingeniera especialista en sistemas de información geográfica, anduvo dos meses y 24 días por la manigua del Medio San Juan casi siempre sola, y aunque conoce buena parte del país, el Chocó la confundió totalmente, “porque esto es otro país”. Hasta en las enfermedades.

---A esas fiebres con escalofrío y desaliento, en Medellín la llamamos malaria. Pero acá es apenas una gripa. Y mientras a los paisas con paludismos casi lo sometemos a cuarentena, acá no le paran bolas para nada.

Desde el avión que la llevó hasta Quibdó, Claudia, coordinadora general municipal del censo en el Medio San Juan, y los tres compañeros con quienes viajó desde la capital antioqueña, vieron ese otro país:



---Es como un cojín: de todos los verdes y todos los sabores....
Y mucha agua.

Y cuando pisó tierra, ese otro país le mostró aun más toda la enormidad de su naturaleza con tan apabullante calor, que se desmayó. Al recuperarse debió andar con dos bolsas de hielo, una para frotársela y otra para beber. Esa noche la pasó en un hotel con solo dos camas. Tuvieron que unirlas para poder dormir los cuatro. Al otro día, cada uno para su lugar de trabajo. A Claudia le tocó Andagoya.

“Los
hombres
no dejaron
de mirarla
con ojos de
coquetería”

La recogió un campero del único color posible para ese Chocó de música para todo: rojo intenso. Desde luego, no podía ser sino de los años de upa, y así lo anunciaba el “traque traque” de todas sus tuercas y latas. Estaba atestado de hombres que no dejaron de mirarla con coquetería y de mujeres con sorna: creían que era una de las “nuevas de la 70”, el mejor burdel de Istmina. Se debieron desencantar al ver entre el maleterío que cargaba las chaquetas y gorras del Dane. Maleterío porque Claudia, al momento del viaje, no supuso que iba a unas tierras como inventadas por un mago y se cargó sus más exigentes galas.

--- ¡Y hasta con la plancha! Por cualquier arruguita que se les hiciera...

Al poco tiempo, el campero rojo rodaba por una carretera destapada que se metía entre un túnel de selva tupida, espesa. Y Claudia asombrada, tomando fotos aquí y allá. En este camino tuvo su primer susto: el carro, al agarrar una curva, quedó con las llantas de un costado en el aire y ella con la cabeza casi sobre el río Condoto, grande y crecido. Tuvo que acostumbrarse a esta pirueta porque se repitió muchas veces a lo largo de los 25 minutos de martirio. Al finalizar, ya sabía que el río había crecido por el color amarillo.



--- Cuando no trabajan en las minas, el río es verde y limpio. Cuando trabajan es amarillo. Lo mismo sucede cuando llueve. En estas ocasiones, que son lo común, porque acá caen cuatro o cinco aguaceros al día, el Condoto sube hasta cuatro metros y los botes pueden inclusive navegar en las calles de Andagoya.

Por eso, para emoción de ésta también delineante de arquitectura, la mayoría de las construcciones descansan sobre palafitos. Sin embargo su emoción mayor fue al divisar, entre esas viviendas que solo las había visto en libros de historia, residencias muy bien hechas. Le preguntó al conductor, y este le respondió:

--- Aquella fue un casino; la otra, un teatro; esa, un salón de reuniones. Son de la época de los gringos, de los años de la riqueza del platino y luego la del oro.

Claudia llegó a Andagoya igual que el campero rojo: traqueteándole el esqueleto. Ahí fue su segundo susto: al apearse, lo vio tal como es: casi de una cuadra de largo, metro y medio de ancho y bamboleándose como una bailarina. Era el puente colgante que cruza el encabritado río.

--- ¿Yo caminar por ahí? --preguntó--. “Sí. No hay más”, le respondió un muchacho que le había cargado el maletaje en una carretilla.

Entonces ocurrió lo que tenía que ocurrir: tan pronto puso un pie en el puente, se resbaló como por un tobogán y fue a quedar justo en uno de los bordes. Con mil esfuerzos se levantó, pero sin quitar la mirada del fondo, donde las alborotadas aguas se la hubieran tragado para siempre.

--- Bendito sea el Señor, exclamó, y continuó.

Tan pronto
puso un
pie en el
puente,
se resbaló
como
en un
tobogán

Al final, el muchacho le dijo con la tradicional calma chocoana:

--- La próxima vez no pase el puente con esas sandalias de tacones tan altos...

En cambio, superar el primer embrollo que se le presentó en el censo sí le pareció más fácil. Esto sucedió al conformar el equipo de encuestadores. El alcalde de turno quería que estuvieran sus amigos, sus recomendados. Claudia le explicó, o mejor, lo persuadió de que eso era imposible porque sus integrantes debían ser los que cumplieron con los requisitos preestablecidos, que eran cuatro indígenas y un afro descendiente, quien por cierto presumía todo el tiempo de dominar las “artes de la brujería”.

Tuvo que
comer
culebra y
un pescado
negro y
feo pero
sabroso.

“Artes” por las que Claudia siempre ha sentido temor. Por eso corrió despavorida al segundo día de su trabajo, cuando una señora, quién sabe por qué motivo, la amenazó desde la otra acera por donde caminaba con meterla en una botella, encerrarla ahí y rezarle la “oración de la escoba”.

En otra oportunidad le dijeron que se recogiera el cabello porque “no demoran en echarle el mal de ojo y entonces se le va a caer hasta quedar calva”. En efecto, calva casi se queda, pero del espanto que tuvo al irse la luz justo con la última palabra de la advertencia-amenaza. Cuando regresó, tenía su cabellera completa, pero enmarcando un rostro pálido y desenchajado.

Más tarde, cuando ya nada de este otro país la pasmaba, estos incidentes fueron agregados al enorme listado de sus memorias por el Chocó.

Como también agregó, frente a los nombres de los supervisores urbanos, la profesión que tenían: ingeniero agroforestal, administrador de empresas, contador público y docentes universitarios.

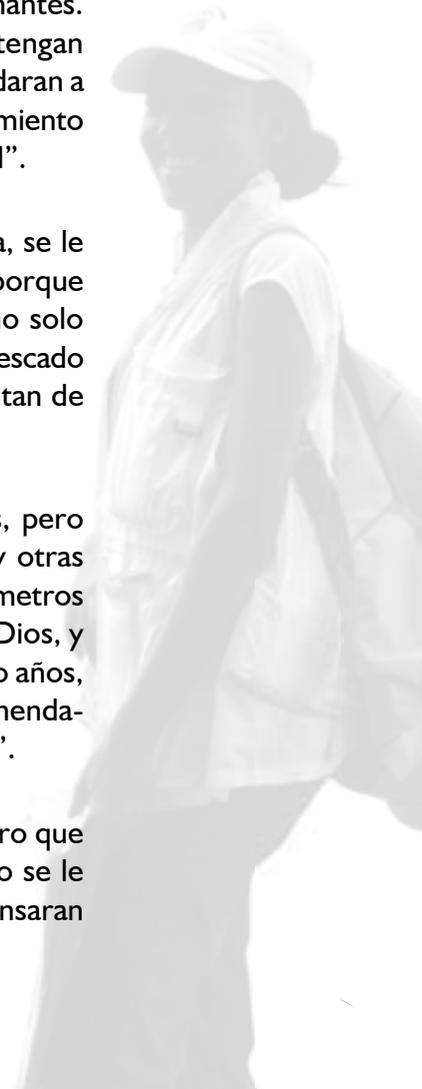
--- Es sorprendente la cantidad de profesionales que hay en este departamento. Y la alta calidad de conocimientos que poseen, dijo públicamente el mismo día que llegó. Por lo que se ve, acá hay demasiado desempleo, se dijo para sus adentros.

Dormir fue otra experiencia nueva y de comedia. La única habitación más o menos confortable fue la del único hotel del pueblo, que tiene la particularidad de ser más motel que hospedaje. Para alejarla de situaciones “embarazosas” le dieron una pieza en el tercer piso. Pero hasta allá llegaban los suspiros y quebrantos de los amantes. Bastó un estridente y perentorio “no hagan tanta bulla, tengan compasión de mí” para que los encuentros de amor se trasladaran a otros lugares. De todas maneras su protesta le causó remordimiento porque no tuvo duda de que “por esos días quebré el motel”.

Lo más seguro es que cuando Claudia cuente su aventura, se le preguntará si comió culebra. Entonces responderá que sí, “porque todo se come hasta que me demuestren lo contrario”. Y no solo carne de culebra sino de “marrano de selva, de zaíno y de un pescado que es de un color negro feo, pero sabroso”. Y si le preguntan de frutas, contestará que en el Chocó son una fantasía:

--- Las piñas no son bonitas en su forma, semejan peras, pero son requetedulces. Igual que unas que llaman marañones y otras churimas, que se parecen a la guama pero miden más de dos metros y aunque son delgadas tienen más pulpa. Qué riqueza, por Dios, y hasta bebí jugo de yuca, delicioso, le contará a su hijo de ocho años, quien la despidió en el aeropuerto de Rionegro con la recomendación de que “tenés que hacer bien la tarea del censo, mami”.

Una tarea que no fue “mamey”, como ella misma dice. Pero que en muchas ocasiones “me dejó atolondrada”. Como cuando se le aparecieron dos mujeres y le dijeron que querían que las censaran





y que vivían en Bocas de Suruco, a 40 minutos “cuando el río está bien”.

--- ¿Ustedes son vecinas?

--- Sí.

--- ¿Quién es cabeza de familia en sus hogares?

--- El mismo hombre.

--- ¿Pero dónde lo ponemos como cabeza de familia?

--- Dónde quiera. Porque además allá tiene otras dos mujeres.

Y para colmos la confundieron aun más con una historia que ni hecha para el más “demócrata” de los sultanes:

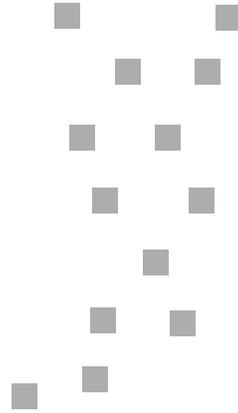
--- El duerme con una cada día. El quinto, con dos juntas. El sexto, con las otras dos y el fin de semana con todas en la misma cama.

Por último le contará a su hijo que allá, en ese Chocó en donde se existen cosas “que uno jamás ha visto ni se ha imaginado”, dejó a un niño igualito a él, que fue su ayudante permanente, que le cargaba los papeles del censo, que le decía que lo ayudara en sus tareas, que con sus alientos infantiles “nunca me dejó decaer” y con quien se puso a llorar cuando llegó el momento de regresar a la Colombia del cemento.

Entonces Claudia sacará un papelito que guarda como un tesoro y se lo leerá:

“Usted sabe ¿cuánto me gusta a mí?
 Multiplique cada gota de mar
 por cada grano de arena de la playa
 y por cada estrella.





EL COLOR DE LA YUCA

Cuando llegó a ese recóndito caserío indígena de las selvas del Guaviare, Arcadio Benítez debió suponer que lo que se le avecinaba sí sería la tapa de su caja de Pandora. En efecto, su equipo de coordinador general del censo en el municipio de Miraflores estaba con las baterías enfiladas para concientizar a los moradores sobre los beneficios de la encuesta suprema.

Pero para ellos esto era cuento viejo, esta primitiva comunidad desde hace años ise autocensa para planificar sus propios recursos!

Llegar a ese lugar fue un “camello” para estos trabajadores del censo, liderados por Benítez, administrador público y docente. Sallieron de Arara, en la parte baja del río Carurú, afluente del Vaupés. Muy de mañana, alistaron las botas pantaneras, gorros, camiseta y la remesa, compuesta de enlatados, galletas, cigarrillos y, como cosa especial, varias pilas y linternas.

--- ¿Por qué especialmente?

---Para usarlas como trueque. Los indígenas las necesitan para cazar por las noches.

--¿Cazar?

--Sí. Cazar animales de diversa especie.

A pesar de la devastación causada por los cultivos ilícitos, dentro de la maraña de árboles gigantescos e infinidad de ríos, los indígenas no tienen necesidad de clavarse en surcos para cultivar porque ahí están multiplicados bíblicamente los venados, los chigüiros, las lapas y los peces. Y atrapados con la ecológica flecha.

Abandonaron
el río y se
fueron con
el bote al
hombro por
la selva...

El equipo había partido a las 8 de la mañana y llegó a la primera comunidad a las 6 p.m. Cuatro horas más tarde de lo normal porque el Cururú estaba seco en buena parte. Por lo que tuvieron muchas veces que abandonar su lecho y con bote al hombro abrir la taponada selva, andar a ciegas por entre lo desconocido y caer mil veces, para suerte de sus humanidades, sobre el mullido tapete de hojarascas que es el suelo de la selva. Hasta llegar más adelante a partes hondas y de nuevo remontar el río.

---Nos ayudaban guías indígenas, que manejan perfectamente la orientación con la sola brújula del Sol.

La primera comunidad visitada fue la de Tucanos y Piratacuyos, conformada por un grupo de 45 familias que se distribuían en un pueblito de 60 casas. Luego, fue necesario permanecer 34 días en plena selva, censando hogares dispersos, durmiendo en donde el sueño los derribara y siempre temerosos por la amenaza de las serpientes.

---Era la época de las venenosas cuatro-narices y las corales.

Casi al final de este viaje, se sorprendieron cuando en un descanso se vieron las caras unos a otros: estaban demacrados y descoloridos, lo cual no hubiera pasado de ser una simple sorpresa sino fuera porque poco después encontraron un par de auténticos ermitaños. Uno de ellos era un hombre también descolorido. Estaba arrugado, con los hombros doblados hacia el pecho, los brazos huesudos y un conmovedor gesto de cansancio y resignación. El otro era joven, aunque en apariencia y fue desconcertante cuando se enteraron que el que mostraba menos edad era el papá del “anciano”.

“Lo agarró selva...es que la selva les da duro a los de afuera...a los que les cae mal...los vuelve amarillos... hasta que los acaba. Por eso cogen el color de la yuca..., les explicó uno de los guías.

Fue por esos mismos lados donde el equipo, en este viaje de sorpresas, encontró muchas fincas abandonadas, con la maleza tragándose las paredes, las puertas, las cercas y las tierras que algún día fueron de cultivo.

--- Se acabó la bonanza de la coca. ---Explicó alguno de los censados---. La mayoría se fue. Las autoridades han dicho que por ejemplo de los 35 mil habitantes que había en toda la cabecera municipal de Miraflores ya no queda sino una quinta parte.

--- ¿Y entonces por qué ustedes no se van?

-- Es que esperamos que algún día esto mejore, fue la respuesta, que les sonó más a espejismo que a certidumbre.

De todas maneras de aquel pasado de dólares quedó como “medio circulante” el gramo de pasta de coca, que sirve para comprar desde un pan hasta pagar la levantada de un muro. También quedó en la playa de la laguna Dorado, a una hora de Miraflores, la que fue

Era la
época
de las
venenosas
cuatro
narices y
corales



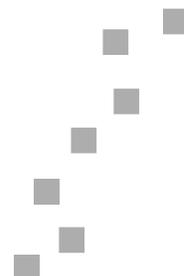
Los
norteamericanos
se fotografiaban
con los enormes
peces que sacaban
de la laguna

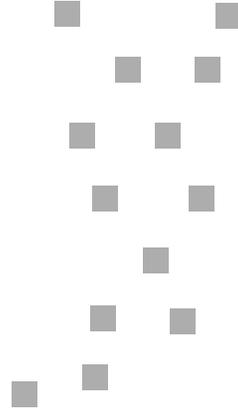
una de las más pretenciosas discotecas de toda Colombia, a donde llegaban, en vuelos semanales, norteamericanos de la tercera edad a “darse un bailada” luego de fotografiarse con los enormes peces que sacaban de la prodigiosa masa de agua dulce.

Por esos mismos extraviados mundos se toparon con otra sorpresa mayúscula: una comunidad indígena cuyos integrantes viven tan alejados de todos los siglos que ninguno tiene nombre propio. Se llaman entre sí a señas, con las manos.

--- ¿Y ustedes qué hicieron?, le preguntamos por último a Arcadio Benítez.

--- Pues ¡nos tocó bautizarlos! Al censarlos, les asignamos a cada uno un nombre ¡Quién sabe si se decidirán a usarlo entre ellos!





LA BATALLA DE LA SABANA

Luis Alfredo Medina Sandoval tiene toda la pinta de un llanero domesticador de caballos y soles achicharrantes: fornido, locuaz, mirada escrutadora, con las pilas puestas todo el tiempo (es ingeniero industrial), parrandero cuando toca y sin miedo ni disculpas cuando de trabajar se trata.

“Sí, soy llanero ciento por ciento”, aclara. “Y me conozco”, agrega. Sin embargo toda su firmeza llanera se desmorona cuando recuerda lo que le tocó ver por aquellas llanuras donde el cielo se une con la tierra y por aquellas selvas donde pocos, muy pocos, se han atrevido a entrar. En esos momentos se le atorán las palabras y la mirada la hunde en aquellos instantes. No es para menos, porque fue testigo de lo que “yo jamás concebí que ocurriera en este siglo”: una pelea a muerte entre dos tribus indígenas.

Habían caminado varios días por plena sabana, él, como coordinador general del censo en el municipio de Paz de Ariporo, y seis compañeros más. De repente, ese silencio mortificante de la inmen-



alidad fue cortado por una algarabía distinta a las que había escuchado en toda su vida. Eran gritos como de animales enferados.

Perplejos, aterrados y al mismo tiempo, angustiados vieron cómo detrás de arbustos, arrodillados o acostados en el suelo, dos grupos de indígenas se atacaban a flechazos. También observaron cómo las mujeres no se arredraban en la lucha y cómo cayeron atravesados uno, tres, seis indígenas, entre ellos dos mujeres.

Más tarde supieron la causa de la matanza. Uno de los grupos le había quitado unas yucas al otro. Supieron también que es tal la dureza de sus vidas que no se afligen ante la muerte.

Es tal la
dureza de
sus vidas
que no se
afligen ante
la muerte

De esta dureza de vida, el grupo conoció una mínima parte. Pero aún así fue suficiente para conocer el valor que tiene todo lo que nos rodea. Como por ejemplo, un simple envase de champú. Andaban muertos de la sed, con la canícula secándoles la última gota de sudor, cuando encontraron un charco en la sabana. Ahí mismo se lanzaron, bebieron hasta hartarse y se revolcaron como niños. Ya calmados, Medina Sandoval les dijo, señalando con el índice derecho la infinidad: “Vean allá. Ese es nuestro enemigo”. Fue cuando se les ocurrió que el tarro del champú que habían gastado les serviría como recipiente para cargar agua.

--- El agua tiene un valor incalculable. Si no es por ese tarro, no hubieran encontrado de nosotros ni la huesamenta, recuerda ahora.

También recuerda cuando anduvieron durante tres días inventándose ellos mismos las trochas por donde se juraban y rejuraban que saldrían a alguna parte. Hasta que, en efecto, les funcionó, y aparecieron justamente en el poblado que debían encuestar. Esa fue una de las muchas veces que se extraviaron. Pero quizás la más reveladora fue la que les ocurrió en la selva. Ya llevaban un día sin

saber si iban para el norte o para el sur, la comida se les había agotado y ya sentían en los estómagos los zarpazos del hambre.

--- ¿Quién nos va a encontrar en un punto indeterminado de esta selva?, se preguntó con desespero Medina Sandoval.

Pero los encontraron. Y nadie menos que los Nukak, la que es considerada la última comunidad nómada en el mundo.

--Mire lo que son las cosas, ---rememora Medina Sandoval---, si no estuviéramos perdidos no hubiéramos pensado a los Nukak.

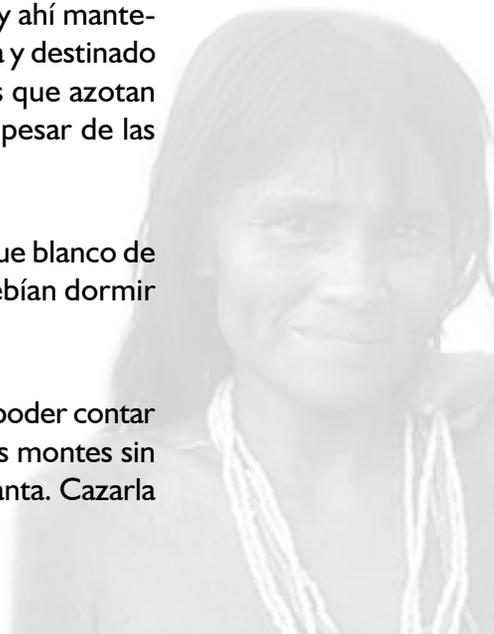
Estaban a tres días del resguardo La Esmeralda. Como regalo, el grupo rescatado les dio las gorras y camisas. Varias semanas después, el mismo Medina vio por televisión a varios de sus salvadores cuando buscaron refugio en San José del Guavaire.

--Eché mi lagrimón cuando los vi.

Por esa misma fecha, se encontraron con otro hecho inesperado: el palo de castigo. No tenía más de un metro de altura y ahí mantenían encadenado a un nativo. Estaba sentado, sin comida y destinado a ser “banquete” para la plaga de hormigas y zancudos que azotan esos lugares. “Se le veía la incertidumbre en la cara, a pesar de las hermosas noches de estrellas”, asegura Medina.

Desde luego, el grupo de encuestadores igualmente fue blanco de todos los bichos, sobre todo por las noches, cuando debían dormir a la intemperie “con el sereno y la luna como cobijas”.

En realidad, si los de este grupo están con vida es para poder contar el cuento. En otra ocasión, cuando deambulaban por los montes sin nada que comer, se les apareció “como del cielo” una danta. Cazarla



fue obra de romanos. Dos días persiguieron al animal, manejando entre todos una especie de técnica de coordinación, de suma de esfuerzos y de “muchísima hambre”. Asarla “sí fue en un dos por tres”.

“Ahí descubrimos el instinto animal que uno tiene”, recuerda.

Pero también descubrieron que por más duro que sea el ser humano, a veces flaquea. Fueron muchos los momentos en que se apoderó de él la inseguridad y la impotencia, y el temor “por lo que venía”. Sobre todo cuando se mortificaba por haber “llevado a mi gente a pasar hambre”. Pero no sólo hambre sino las “mil adversidades que tuvimos”. Como cuando a Wilton Gómez—“el mejor de todos nosotros”—lo agarró un dolor de oído que lo hizo “pegar verdaderos alaridos”. Por suerte, estaban cerca de la comunidad San José, y allí lo dejaron.

Andaban perdidos por la selva cuando los encontraron los Nukak

---“Se me exprimó el alma al dejarlo allí”.

Sin duda, vivieron un verdadero viacrucis, “en donde tuvimos que comer lo que nunca hubiéramos querido comer... es que ya ni sé lo que comíamos... fueron 15 días muy duros”.

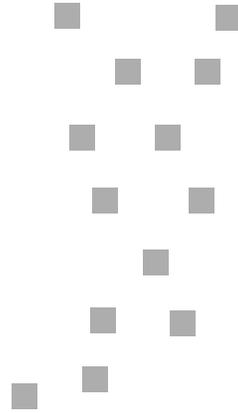
Sin embargo aprendieron algo sustancial para sus vidas: la solidaridad, la lealtad y el “cumplimiento con los compromisos que uno toma”.

--- ¿Recuerdos?

---Una mochila que me regalaron en una comunidad. Allí guardan las hojas tostadas de coca para mambear”.

--- ¿Nada más de recuerdos?

---Ahh, sí: ilos doce kilos de peso que perdí! ■ ■



LA SOBREVIVIENTE

En la parte sur del barrio bogotano La Macarena, casi colindando con el Bosque Izquierdo, hay una edificación muy grande, aunque solo tiene dos pisos, con fachada de loza color crema, portalón de madera, del que pende un aldabón de cobre, y rejas de arabescos en las ventanas.

Está como acuñada en una esquina, donde sobresale entre las demás casonas por un estilo arquitectónico que tiene algo de Republicano.

Al entrar, lo primero que se encuentra es un jardín, de donde se desprende una escalera que remata en un salón de no más de ocho metros cuadrados. Tanto en el primer piso como en el segundo hay otros salones y suficientes piezas para albergar al más de medio centenar de ancianas que viven en lo que ahora está convertida la edificación: un albergue de caridad. Sin embargo, por la imponente palaciega de la edificación, cuando el encuestador Ricardo Marín, investigador social y pedagogo, llamó a la puerta se le antojó que lo recibiría un ama de llaves. Pero no. Lo hizo una monja de ademanos



tiernos y quien dos horas después lo pondría al corriente de una de esas historias que doblégan a cualquiera.

Casi deslizándose por el piso de madera, la monja lo condujo al salón del final de la escalera y con un suave “por favor” le dijo que se sentara en un pupitre en cuyo frente había una silla. Luego se le presentó. Era la hermana Leticia, una religiosa española muy joven que está al frente de esta institución. Antes de iniciar las preguntas del censo, le informó a Ricardo Marín sobre los problemas de salud de las ancianas, la mayoría de los cuales tenían que ver con la memoria. Por supuesto, no existía claridad sobre sus identidades y lugares y fechas de nacimiento. En seguida le pidió a otra religiosa que trajera a la primera anciana

“Era una anciana que no reflejaba más de 45 años”

Mientras llegaban, le habló sobre los malestares y achaques propios de esta señora y le explicó que de esta manera le facilitaría la encuesta: “Yo te ayudo en los casos graves”, le dijo. Eso mismo lo repitió con las dos ancianas que fueron censadas a continuación. Con la cuarta, Marín intuyó desde el primer segundo que era un asunto especial. En primer lugar porque la “anciana” no reflejaba más de 45 años.

Apareció cogida del brazo de una religiosa, caminado lentamente. Vestía un camisón oscuro, triste. Resaltaba su limpieza. Su cabello, llamaba la atención porque se le estaba cayendo. ---No tienes la menor esperanza de ponerla a hablar --- le dijo la religiosa Leticia.

--- ¿Por qué?, le preguntó Marín. Entonces le contó la primera parte de esta conmovedora historia:

---Mire, es una interna en cuya existencia todo ha concluido. No habla, ni anda ni se desplaza por el albergue a menos que una de nosotras la lleve del brazo.



--- ¿Y cómo se llama?

--- Escasamente le sabemos un nombre con un único apellido. Pero es probable que sean inventados por los administradores del último albergue donde estuvo. ---Bueno ---la interrumpió Marín---, pero entonces ¿cómo fue que vino a parar aquí?

Mientras ambos charlaban, la “anciana” permanecía de pie, con la cabeza agachada, mirando sin mirar el piso y sumida en un silencio tan inconcebible que daba la impresión de que allí, donde estaba, no había nadie.

---- ¿Pero no tienen alguna pista de quién es? ---preguntó de nuevo.

Entonces fue cuando su confusión pasó a alarma, a desconcierto, a desconsuelo: la “anciana” era una de las víctimas sobrevivientes de la catástrofe de Armero.

---- Ella es la única persona viva de una numerosa familia que habitaba Armero el día en que desapareció esta ciudad por la avalancha de lodo. Sabemos que los socorristas la lograron sacar de entre el barro semiinconsciente y desorientada, no sabía qué había ocurrido ---le contó la religiosa Leticia.

Por los informes que han logrado reunir en el albergue, se sabe que tan pronto fue rescatada la señora –en esa fecha debía ser una jovencita de 20 años--, entró en estado de shock. Únicamente pedía a gritos que le dijeran dónde estaban sus familiares, según señalaron algunos socorristas entrevistados durante las averiguaciones. Poco después se sumió en un mutismo total, acompañado de desfallecimientos repentinos y pérdida del sentido de ubicación.

Solo pedía
a gritos
que le
dijeran
dónde
estaban
sus
familiares.



Hasta que un día, según le contaron a Marín, desapareció de donde la tenían alojada los socorristas. ---Todo indica que anduvo sobreviviendo de un sitio para otro. Muchos meses después, ya reportada como desaparecida, apareció en un pueblito de Cundinamarca, andrajosa, enflaquecida, sucia y con cicatrices en las piernas y pies--- le dijo la religiosa Leticia.

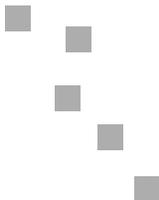
Por último, le relató que de vez en cuando empieza a mecerse de un lado para otro “inclinándose hacia los lados, ya sobre la pierna derecha, ya sobre la izquierda y exclama entonces los únicos sonidos que le conocemos: va... va... va, y luego se dobla por la cintura hasta tocar el suelo con las puntas de los dedos mientras arrecia los monosílabos”.

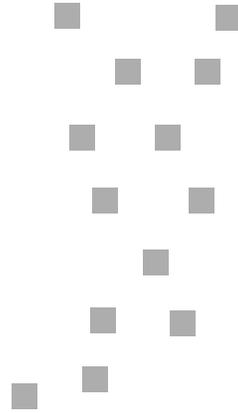
Durante el accidentado y dolorido censo, la prematura anciana sólo en dos ocasiones quitó la mirada del suelo para dirigirla donde Marín: “No me vio más de tres segundos, pero fueron suficientes para darme cuenta que detrás de sus ojos grises no había nada”.

Ya para finalizar su trabajo y ante la imposibilidad de conocer la edad y fecha de su nacimiento, optó por calcularle la primera y colocarle un primero de enero como día de su nacimiento, “a manera de colocarla como en el principio de la vida”. Luego le puso una mano en la cabeza y se despidió: “Bueno, mijita, que Dios te ayude a recuperarte”.

Pero no reaccionó, y siguió ensimismada, como lo está desde hace 21 años.

“Detrás
de sus
ojos grises
no había
nada”





CARTAGO, HISTORIAS DE VIVOS Y MUERTOS

Dani, Juan y Carlos tienen entre 20 y 21 años y se parecen en muchas cosas: todos estudian carreras intermedias, son todavía solteros, fueron encuestadores del Dane y los tres son “nacidos y criados” en Cartago, Valle. Además, todos coinciden en señalar que en ese trabajo descubrieron una “Cartago que jamás creyeron que existiera”.

El trío de jóvenes también concuerda en afirmar que “creían que todo el mundo vivía como uno”. Pero caminar durante cerca de dos meses por calles que jamás habían visto, por barrios cuyos nombres ni siquiera habían oído mencionar y entrar a hogares y comunidades como de novela, los hizo poner los pies en este mundo: “Vimos una Colombia que creíamos que solo era de noticieros de televisión”. Por eso ahora los tres tienen otro parecido común: “Maduramos demasiado”. Y eso se refleja aún en la forma entre alegre y triste como cuentan algunos pasajes de su experiencia por la Cartago desconocida.



Era un ataúd de bahareque con tres tablitas pintadas

Carlos Andrés Hincapié Velásquez: “Me acuerdo que era el primer día del censo en Cartago, sábado 8 de octubre de 2005. Los encuestadores entramos en una casa ubicada frente a la iglesia El Perpetuo Socorro. De frente, parecía una casa cualquiera: una puerta y dos ventanas, más bien pequeña, de dos o tres habitaciones, con dos arbolitos afuera, encerrados en un murito. Pero al entrar eso parecía un laberinto de dos pisos, lleno de callejones, con un patio interior, montones de piezas y hasta una capillita. Y en cada pieza, de cualquier 3 x 3 ó 3 x 4 metros, había cinco o seis camarotes dobles. ¡Tremendo hacinamiento! Eso parecía una pensión. No sé si se une con otras casas o qué, pero es una construcción hecha como de a pedazos.

“Al entrar, todos vimos que había un ataúd casi en la puerta. Pero nadie le paró bolas porque a nadie se le ocurrió pensar que pudiera estar ocupado. Más bien pensamos que como ese era un hogar de viejitos y gente enferma, lo mantenían listo, de reserva, para cuando se necesitara.

“Después cuando terminamos de encuestar a la gente, a un compañero y a mí nos dio por levantar la tapa del ataúd. ¡El horror! Había un señor adentro... era un viejito... morenito. “Después nos dijeron que llevaba como dos días ahí, muerto. Es más, ese sábado lo pensaban enterrar, pero habían interrumpido el entierro por el censo porque cómo se iban a enterrarlo si nadie podía salir.

“En esa casa viven puros viejitos, loquitos, desechables y gente muy enferma, gente que nadie quiere, que van y la tiran allá... Incluso hay unos que no van sino a dormir como si eso fuera un hotel. Pero la verdad, me pareció que, a pesar del hacinamiento y la pobreza, como que se llevaban bien, porque uno veía que armaban corrillos.

“La dueña de la casa es una señora Clarita, una extranjera, dizque francesa, como que se llama Clarette o algo así, pero le dicen Clarita. Ella es muy caritativa y recibe ayuda de colegios y de gente que le regala mercados. Es una señora bajita, de unos 65 años, con gafas, canosa. Incluso no se quería dejar censar que porque para qué, si ella no era de aquí, pero como lleva mucho tiempo viviendo aquí, le explicamos que era una residente habitual y por tanto debía figurar.

“A propósito del ataúd... me quedé pensando que si el viejo se demora un poquito más para morir, alcanza a salir en el censo...”

Juan Carlos Vega Montoya: “El primer día del censo llegamos al Hogar del Anciano Clarita, en la calle 20 entre carreras sexta y séptima. El lugar es grande y se ve aseado, aunque tiene un poco de muebles achacosos, como los viejitos que viven ahí.

“Como en la casa había un gentío, nos repartieron en dos grupos de encuestadores. Calculo que en ese hogar había, por lo menos, 150 personas, entre ancianos, gente de la calle, abandonados, discapacitados, enfermos, gente sin parientes, sin nombre, sin memoria. Y con nosotros, ahí sí que se vió lleno eso.

“Como era el primer día y todavía no nos habían llegado los aparatos para censar, nos tocó hacerlo en el formulario, a mano. Además no teníamos dónde apoyarnos. Pero a la entrada de la casa había un ataúd, y como yo no le vi ni cirios ni a nadie llorando ni movimiento como de velorio, entonces pensé que era un mueble más de la casa y me apoyé encima de él, para llenar el formulario. Era un ataúd de los que por aquí les dicen un bahareque, el más sencillo, de madera, tres tablitas pintadas.

“Era una casa donde viven viejitos, loquitos, desechables y gente enferma”



Pero al mucho rato ocurrió el desastre: se acercó alguien del hogar y me dijo que en el ataúd había un señor ya fallecido! y que apenas le habían podido conseguir la cajita. La vergüenza... mis compañeras encuestadoras salieron despavoridas y yo no sabía donde meter la cabeza...

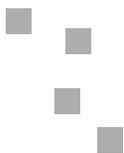
El muerto era un viejito que había llegado muy enfermo hacía días y no era de Cartago, un N.N, al igual que muchos de los vivos que hay en el hogar y que cuando les preguntábamos por sus nombres simplemente nos decían “El Mono”, “Carlos”, o no sé cómo me llamo...

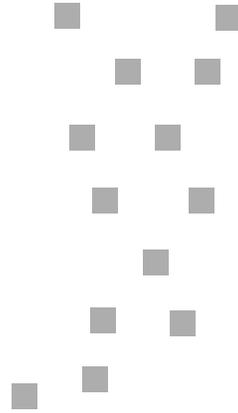
Estaba
desesperada
porque el
bebé iba a
nacer ahí
mismo.

Dani Andrés Fonseca: “Haciendo el censo, el 19 de octubre de 2005, en una casita del barrio El Ciprés. Es un barriecito que queda subiendo una loma, sus habitantes son puros reubicados, familias que antes vivían en las orillas del río La Vieja. Las casitas son muy humildes, de bahareque, tugurios, pero la de la familia que estoy contando era de las mejores, de ladrillo y todo.

Pues bien, allí tuve que parar el proceso porque a la señora de la casa la cogió un desespero que ya no sabía qué hacer. Claro, era porque su bebé ya iba a nacer. Era una señora de unos 30 años y el esposo de unos 40. Ya tenían un hijo de 5 años, pero estaban felices por el nuevo muchachito.

“Eso se quedó así. A los ocho días volví a la casita y ya estaba el recién nacido, otro niño, ni me acuerdo cómo lo iban a poner. En ese momento no le di importancia a la historia, pero ahora me pongo a pensar que es una vaina muy casual lo que pasó, porque si el muchachito se demora media hora más para nacer no alcanza a quedar en el censo!





CUANDO ALGO QUEDA “AHÍ MISMITO”

A Luis Eduardo Betancourt sí le tocó conocer en su propia piel, endurecida por varios años en el Ejército, lo que son las distancias en el Llano, donde un kilómetro es muchísimo más que mil metros:

---Caminé por una finca nada menos que de seis mil hectáreas. Cómo será de grande, que se entra por una vereda y se sale por otra.

Además, estas lejanías se convierten en otro problema, porque la gente muchas veces se despista cuando se pone una cita:

--- En la primera encuesta nos demoramos mucho porque cada grupo creyó que estaba en la vereda que no le correspondía. Debimos esperar un buen rato a pleno sol, hasta que cada uno de nosotros consiguió entrar en contacto con el otro grupo.



En esta locura que dejan las distancias llaneras, Luis Eduardo decidió ir a la finca por encuestar a “pata pelada” porque el carro se había pinchado en la mitad de aquella sabana.

--- ¿Cómo le parece? Noo... si es que estábamos de buenas.

Fue una caminata de varias horas y bajo un sol que parecía feliz asándolos. Al fin encontró de nuevo el vehículo, donde el resto de compañeros estaban prácticamente con la lengua afuera. No sólo por el asfixiante calor sino por el hambre.

Caminaron
horas bajo
un sol que
parecía feliz
asándolos

Ciertamente, para este psicólogo en ciernes ---se gradúa este año--- lo preocupante eran las minas anti-persona. Y recordó con temor las instrucciones: no camine cerca de las alambradas, no las mueva, no recoja supuestos celulares abandonados, o radios o balones o juguetes.

Y mientras se dedicaba con mirada de rayos X a detectar la trampa mortal, pasó por alto otros enemigos, menos peligrosos, pero de todas maneras casi mortales: las abejas y unos pájaros que se conocen en la región como arrendajos. Basta que alguien se acerque a los avisperos o a los nidos, para que en enjambres se le boten a atacarlo. Desde luego, fue atacado. Pero la buena suerte le puso “cohetes” en las piernas y pudo escapar de las verdaderas embestidas de estos animalejos.

Pero lo peor estaba por venir. En estas circunstancias donde la naturaleza pone a prueba el valor de los humanos con toda su rudeza, se llama pánico. Eso le ocurrió a Luis Eduardo Betancourt, cuando en mitad de la soledad sabanera y en donde remedos de caminos se unen, se separan y desaparecen, sintió en un momento



que se lo había tragado el mundo y lo había botado lejos de todo vestigio de vida humana.

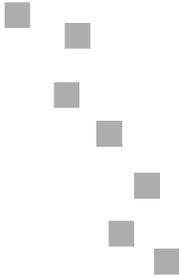
Para peor infortunio, el celular quedó sin señal. Entonces pensó que solo un milagro lo salvaría de morir:

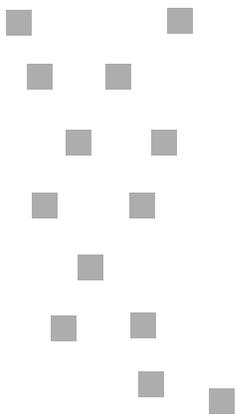
Se arrodilló y llorando imploró a los cielos que le imandaran un caballo!

---Dios me estaba escuchando: porque de repente se le apareció una rayita al celular y vi una ceiba cerca. Corrí, me subí y pude comunicarme con lo compañeros del carro, que ya lo habían desvarado.

---Mire, cuando usted venga al Llano no crea en ese cuento de que aquella finca o hato “queda ahí mismito”. ¡Ese ahí mismito son horas!”.

Unos
enjambres
de avispas
se le
botaron
para
atacarlo





HISTORIAS DE ESPANTOS

Henry Cárdenas y John Jairo Tarache tienen mucho en común. Nacieron en Pore, Casanare; son estudiosos, el primero es diplomado en liderazgo y gobernabilidad y experto del Sena en comida caliente y fría; el segundo es licenciado en matemáticas y estadística.

Ambos fueron coordinadores municipales del censo y jamás en sus vidas se han echado para atrás cuando se enfrentan a un reto, “siempre y cuando tengan fines honestos”, como dicen ellos. Además los une algo de miedo: a los dos ise les aparecieron los espantos!

Aunque han transcurrido muchas semanas desde aquella si se puede llamar experiencia, a Henry se le ponen los pelos de punta cuando la recuerda, y suelta esta patética frase: “De la que nos salvamos”.

Todo comenzó el día en que con la encuestadora Luz Mery Fernández Palacios supo que en el límite entre los municipios de Támara

y Pore, tomando la pre Marginal de la Selva, había una vivienda sin censar. Al principio le dijo a la joven que fuera sin acompañantes porque el lugar no ofrecía mayores dificultades. Ella, como presintiendo algo anormal, le respondió que sola no se le medía a viajar hasta ese lugar. Entonces decidieron hacer la encuesta los dos.

---- Yo sabía para dónde iba, porque días antes le pregunté al presidente de la Junta de Acción Comunal de esa zona por los lugares de ubicación de las viviendas, asegura Henry cada vez que le preguntan por lo que más tarde conocería como la Laguna Encantada.

Según las indicaciones, en un punto solitario de la carretera tendrían que bajarse del vehículo que los transportara. Luego agarrar por la pendiente de una loma y buscar un camino de herradura. Así lo hicieron, y en efecto lo hallaron. De ahí para adelante, la localización de esa vivienda era asunto de ellos. Ni cortos ni perezosos, continuaron; ahora bajando el cerro. Mientras lo hacían vieron al fondo, como en un hueco, una vivienda. Luz Mery, por el sistema de georeferencias, precisó que era la vivienda que rastreaban. ---“Esto como que da miedo”- le dijo a Henry: Sin embargo se aventuraron a seguir bajando por entre la espesura del monte y envueltos en una inesperada penumbra.

Cuando llegaron al fondo del abismo, se encontraron con una casa vacía, muy bien armada con tablas y techo de zinc. Llamaron a la puerta, pero nadie les respondió. Entonces atisbaron por una rendija de la única ventana de la vivienda y sólo vieron un fogón desde el cual se descolgaba un hilillo de ceniza oscura. El silencio era insoportable, recordarían días después cuando les contaron la verdad de la Laguna Encantada.

---Esto es muy lúgubre ---le susurró Henry a Luz Mery---. De todas maneras voy a darle una vuelta a la casa.



Al final del recorrido, encontró a Mery mustia, señalándole una laguna que nunca habían visto. Estaba a unos diez metros de distancia, pero aun así vieron que sus aguas parecían estancadas, sin movimiento y de un color verdoso. Más tarde se enterarían que la casa la habitaba un señor que había muerto dos años atrás, que desde esa fecha la laguna subía por las noches su nivel hasta el mismo borde del empinado camino que conduce a la puerta, que luego hervía y que las gentes del sector habían decidido “conjurar el maleficio” echándole sal.

Se
aventuraron
a seguir
bajando
aun la
inesperada
penumbra

Pero como en ese momento no conocían la historia de la Laguna Encantada, resolvieron colgar en la puerta de la vivienda el afiche de “censada”. Cuando se disponían a hacerlo, un murmullo y unos quejidos que salían del mismo pozo los sumió en el pavor y entonces hicieron lo que todo el mundo hace en situaciones parecidas: salir corriendo loma arriba, uno tras otro, sin parar un segundo y sintiendo en las espaldas el soplo de las quejumbres. Llegaron a la cumbre acezando y sudando goterones fríos. No fueron capaces de voltear las miradas hacia el fondo de aquel hueco.

---- Eso fue grave, lo digo yo, que soy del DANE ---le asegura Henry Cárdenas a todo el que ahora le pregunta por la Laguna Encantada. Y responde todavía con miedo.

Otro susto allá en la oscuridad

El 26 de enero de este año, John Jairo Tarache enfrentó tantas y tan enormes dificultades que más bien parecía que se estuviera entrenando para lo que le ocurriría al día siguiente, cuando padeció el mayor susto de su vida. Este día asomó con un hermoso y esplendoroso amanecer llanero que infundió mucho ánimo al grupo de encuestadores, que con él a la cabeza, viajaría a la vereda Curamá Alta, a 15 kilómetros de Pore.

Como siempre, Tarache se percató de que en su moral estuviera la filmadora y cámara digital. --De pronto una sorpresa--, balbuceó casi premonitoriamente y se embarcó en el Wilis color gris que habían contratado. Más o menos siete kilómetros adelante, ya en la montaña, empezó a caer un tremendo aguacero que en un par de minutos enlodó el camino y atascó el jeep. Por más esfuerzos y mañas que hicieron, no pudieron sacarlo del barrizal. La única solución fue empujarlo hasta un sitio medio transitable, donde pudieron prenderlo. Pero de nuevo quedó varado. No les quedó otro remedio que seguir a pie. Eran ya las 9 de la mañana.

A las doce del día, avanzando por trochas, atajos y caminos inventados por ellos mismos, llegaron a la primera de las muchas casas para censar. Por la hora, Tarache dispuso que almorzaran antes del trabajo. Se dieron un banquetazo de chigüiro frito, patacón y arroz. A las cinco de la tarde sólo les faltaban dos viviendas, y creyeron que terminarían en una hora. No contaban con que allí habitaban diez personas. Los agarró la noche encuestando. Y no cualquier noche: con aguaceros, neblina y ventarrones.

Según sus cálculos, el jeep se hallaba a una hora y pico de camino. ---No importa, démosle--- les dijo Tarache. Fue una hora y pico de andar a tientes y a ciegas. Tuvieron que agarrarse unos a otros de las manos para no perderse, aguantar las caídas y los golpes contra el mundo y soportar las cortadas causadas por las ramas. Una de las muchachas del grupo se resbaló, se zafó de la mano de su compañero y rodó cinco metros, quedando con un pie herido; otra entró en pánico y todos muertos de miedo. Además, el vendaval impedía que desde los celulares se pudieran comunicar con el conductor del jeep. El llanto no demoró en aparecer. Y ahí fue cuando Tarache les dijo “¡Muchachas, nunca rendirse jamás!” Y enseguida empezaron todos a cantar. Fue la salvación.

Llegaron a la cumbre azezando y sudando goterones fríos



A las 8 de la noche vieron entre la oscuridad una lucecita. Eran las farolas del vehículo. Dos terribles horas más tarde estaban junto al jeep y a las 12 llegaron a Pore, donde durmieron a pierna suelta hasta las seis de la mañana. Y de nuevo a pensar, con una alta probabilidad de volver a pasar por las duras y las maduras.

Desde un principio el trabajo de Tarache y su compañera Patricia se mostró algo torcido. Debían ir a la vereda Los Alpes para censar dos viviendas que pertenecían a otra vereda, “pero por esta ruta es más fácil llegar”, según les indicaron. Lo que no era exactamente cierto. Ese “fácil llegar” fue igual de complicado al del día anterior, aunque con una placentera diferencia: desde el espinazo de las montañas pudieron extasiarse con el nacimiento del río Pore y las decenas de afluentes que lo alimentan.

Los agarró
una
noche con
aguaceros
neblina y
ventarrones

La primera parte de la jornada fue de ocho kilómetros a pie, también loma arriba. En un lugar predeterminado los esperaban unos campesinos que estaban comprometidos a prestarles lo único que puede transitar por esos riscos: las mulas. Se encaramaron en los animales y continuaron subiendo muy pocas veces por trochas y muchas veces por senderos improvisados. En esas alturas fue donde se le repitió a Tarache el miedo del día anterior:

---Cuando íbamos por unos desfiladeros, me dio por mirar a los costados y ahí sí rogué a todos los cielos para que las mulas no se fueran a resbalar. Eran tan profundos los abismos que con sólo mirarlos me mareaba. Y eso duró mucho tiempo, a lo mejor horas.

Luego de remontar y descender montañas, la pareja divisó una casa. Tarache le preguntó a Patricia si sabía algo de sus habitantes. ---Está vacía, le respondió. No se quiso quedar en la escueta explicación y la inquirió: --- ¿Por qué? Entonces la muchacha le relató una historia de la cual él sería, sin quererlo, protagonista de último momento:



--- Sus dueños la construyeron sobre un cementerio indígena. Pero empezaron a sentir cosas extrañas y se fueron como 500 metros más arriba. Allí levantaron otra casa.

---- ¿Y qué son cosas extrañas?

----Asustaban de día y de noche ---Y continuó con la historia:

---- Meses después, los dueños contrataron a tres hombres para que demolieran una piedra gigantesca que había en la casa abandonada, porque dizque tenía oro. Los tipos llegaron con una máquina detectora de metales, trabajaron varias horas y le dijeron que no la podían partir sino a los tres días. Mentira, llegaron esa misma noche y la partieron. Al otro día lo que había era un montón de piedritas...

Al terminar el relato, ambos continuaron en silencio el recorrido. No habían avanzado un kilómetro cuando de pronto descubrieron un cementerio evidentemente de indígenas. Los restos de las paredes, hechas de piedra partida, formaban una especie de muro de 1.50 metros de altura. Tarache intentó varias veces medir su longitud pero le fue imposible encontrar el fin o el principio. Lo que sí comprobó fue que entre el pasto y la maleza había tumbas. Claro, sacó su cámara y lo filmó, con el obvio razonamiento de que “esta es la prueba reina para quien dude de mi hallazgo”.

Con el valioso documento entre la mochila, Tarache decidió quedarse solo en la vivienda desocupada. Nunca supo a qué hora empezó a sentir murmullos y chillidos opacados e indefinibles, pero lo cierto fue que al asomarse por la puerta vio que entre las tumbas se deslizaban unas sombras sin forma. De un saltó se subió a la mula y la puso a trote, pensando que mejor sería borrar las imágenes de

Comprobaron
que entre
el pasto y
la maleza
había
tumbas

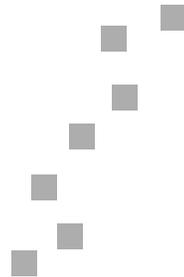


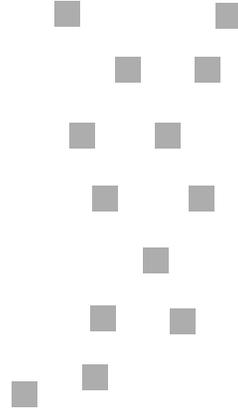
la filmadora porque “de pronto los espíritus arremeten contra mí por meterme en sus sitios sagrados”. Pero le quedó la duda: ¿Los muertos asustaban? o ¿Los vivos espantaban a los que buscaban más oro en la casa abandonada?

Buscó la casa donde se alojaba Patricia y al otro día prepararon el regreso. Si para ellos esta historia no tuvo un final rosa sí fue de sibaritas: los dueños de la casa donde se hospedaron los despidieron con guarapo y un almuerzo con gallina incluida. Al llegar donde los campesinos que les habían prestado las mulas les dieron otro almuerzo también con gallina criolla y guarapo. Y media hora después, una señora les salió al camino y les dio otro almuerzo, que no tenía una gallina isino tres! Tarache le dijo que en realidad ya habían almorzado dos veces. La señora los convenció para que almorzaran por tercera vez con una frase que el encuestador ahora la tiene siempre, valga la coincidencia, a flor de labios:

“¡La vida está en la muela!”

En fin, John Jairo Tarache llegó a Pore no solo “comido y bebido”, sino con un valioso tesoro entre su morral: la filmación de un cementerio quien sabe de qué cultura y de qué época.





EL CHOCÓ DE DORA

Navegar durante 33 días en ríos no es propiamente andar sobre tapetes de rosas. Y más si uno de esos ríos es el Atrato. Y aun más si se va contra la corriente. Esto le aconteció a Dora Hincapié, una paisa que superó esta prueba, y muchas otras, porque posee su propio blindaje anti-contratiempos: el humor.

--- Me dio calambre i hasta en los ojos! ---le dijo al motorista al final de sus primeras tres horas por los ríos chocoanos.

A Dora le correspondió censar Beté, cabecera del Municipio del Medio Atrato. Consciente de la labor que iba a realizar, antes de viajar a Quibdó leyó todo lo que encontró relacionado con este departamento, “desde la A hasta la Z”. Pero aún así, se halló desde el principio con un mundo no inventariado en esas lecturas: tan pronto pisó tierras chocoanas supo que para desplazarse a aquel lugar había que tomar un bote, cosa que la inquietó por el justificado motivo de que “no soy buena nadadora”.



--- Antes de que me fuera al suelo por el bochorno, hice mi diagnóstico: si me siento mal, ipues que me lleven de la mano!

No sólo la llevaron de la mano, sino que tuvieron que levantarla en vilo para subirla al bote, lo cual “me importó un pepino”. Lo que le molestó fue bajarse e irse a cambiar de ropa.

--- Primer error: uno no se puede meter en una lancha que va por un río como el Atrato con zapatos cerrados y pantalón de tela gruesa... entonces, chancletas y bermudas. Y uno dizque ha viajado mucho...

Desde ese momento Dora empezó a conocer el Chocó nunca imaginado: “Me ubiqué en el espacio, haciendo mi propio mapa... por acá La Merced, Alto del Sapo, Tanquí... más allá Baudocito, Baudó Grande, Puné, Clavito y.... Beté”.

Nombres rítmicos a los que agregaría en esos dos meses y 15 días en que anduvo alejada del resto de Colombia, otros igual de sonoros: Bebará, Bebaramá, Buey, Paina, Puné, Chagadó, Chaquemendó, ríos y quebradas que llegó a conocer como sus propias manos.

--- Con lo grave que iba en el primer viaje, de todas maneras me tranquilicé; saqué el primer cigarrillo de los mil que me debí fumar y mi cámara fotográfica Cannon 410. Era imposible que desperdiciara lo que me rodeaba: pájaros de cuanto color hay en el mundo, garzas bellísimas, nutrias grises y el verde... el verde increíble... verde amarillo que termina en verde oscuro, pasando por el verde azul. No me equivoco: ¡el verde lo sacaron de aquí!

Más tarde, Dora buscaría esos verdes para levantarse el ánimo y acabar con la tristeza de estar incomunicada con sus hijas adolescen-

No solo la llevaron de la mano, sino que tuvieron que levantarla en vilo



tes, no porque le faltara tiempo sino porque en Beté hay un único teléfono para más de 300 soldados y medio pueblo. Cuando llegó a Beté, se tuvo que tragar los calambres porque fue un acontecimiento. Niños, muchachas, abuelas salieron a recibirla con una algarabía de escolares aunque, para desconcierto suyo, desconocían la causa de su visita. “Me senté en el borde del bote y les grité a pleno pulmón que era la coordinadora del censo para el Medio Atrato”.

Estaba empapada, y no solo por el sudor. Media hora antes una “panga” (embarcación grande) pasó a metros del bote donde iba Dora; por la alta velocidad que llevaba, lo zarandeó de un lado para otro mientras levantaba un enorme oleaje que cayó como un aguacero sobre los ocupantes. Dora, aterrada, apenas tuvo tiempo de aferrarse de uno de los listones para sentarse. Este sería uno más de los pequeños impases que soportaría en este viaje de descubrimientos. Algunas semanas después, sería testigo de algo que la dejó atónita.

Escurriendo agua a chorros, la ubicaron en la habitación que le tenían asignada en el segundo piso de una casa de tablas. Tuvo que hacer piruetas para subir por unos peldaños altísimos –“No eran para la medida de mis piernas”---, colocar su morral sobre un pupitre ---“El único mueble que había pero lo volví multiusos... mesa, tocador, escritorio--- y arrastrar de otra pieza a la suya un pesado colchón de paja –“Duré peleando con el tipo mínimo una hora”---. Ahí, --en “mi suite”-- tuvo de nuevo que comerse el miedo.

Cuando se acostó, escuchó unos ruidos extraños. Buscó la linterna (a las 8 de la noche se va la luz) y fue iluminando metro a metro las paredes hasta que enfocó los causantes del ruido: cuatro enormes ratas que se estaban devorando la leche en polvo y el café que había llevado desde Medellín.

“Saqué
el primer
cigarrillo de
los mil que
me fume
ese día”



“Me levante de un salto... y las ratas me miraron con sus espantosos ojos rojos”

---- Me levanté de un salto... y las ratas, soberanas ratas, me clavaron en todo el cuerpo unos espantosos ojos rojos y dos de esos bichos me sacaron unos dientes filudísimos... quedé paralizada... me tapé la cara con la almohada... no se cuánto tiempo pasó pero de pronto las sentí que se encaramaban por el toldillo... Entonces con la almohada traté de espantarlas pero se me enfrentaron... otra vez mostrándome los dientes con un iiiiii horrible... Me escurrí entre la sabana, me dije mejor no peleó con ellas y escondí la almohada.

No fueron las ratas sus únicos “enemigos”. También los nubarroños de zancudos y mosquitos que nunca dejaron de “vapulearme” y “me tocó boliar toalla todo el tiempo”. Por último optó por conciliarse con las plagas. Con lo que sí no pudo llegar a un acuerdo fue con bañarse en un solar destapado, a la vista de todo el que pasaba por allí. Pero, recursiva que es, “hice un pacto de sangre con el baño: a las 4:30 de la mañana me bañaba, para que nadie me viera”. Algo que si la derrumbó fue una virosis. Ocho días estuvo con fiebre y dolores en los huesos --“Me dolía hasta la mano del vecino”---. No obstante, nada de esto la desalentó y con malestares y picaduras recorrió Baté de punta a punta: 118 viviendas de tablas, una de ladrillo, 141 hogares, un colegio, una escuela, un centro de salud, un restaurante comunitario, una iglesia, la alcaldía y dos bailaderos.

---- Porque qué gente para bailar lo más de bueno: chirimías, bunde, regaetón. Con armonía, sincronización, estilo...

Y apareció el día en que quedó atónita. Metiéndose por entre la decena y pico de ríos afluentes del Atrato --“Son verdaderos hilos de agua entre la espesura de la selva”--- llegó a un pequeño caserío de ocho viviendas a la vera del río Buey. La recibió un hombre de unos 57 años, musculoso como un luchador, buen conversador y quien se le presentó con el apellido Mena. Hasta ahí, todo bien. Pero cuando le preguntó por la esposa y los hijos fue que a Dora

se le puso patas arriba todo lo que había aprendido y asimilado del tradicional matrimonio antioqueño:

--- Tengo ocho mujeres y 55 hijos. En todas las casas que hay acá es donde yo vivo con ellas, le respondió.

Dora fingió no sorprenderse, y le dijo que de todas maneras tenía que aparecer en la encuesta como jefe de un solo hogar. Ahí si fue el despelote: las Sandras, las Clavy, las Yurlenis, las Solarny, las Sorlandy formaron un alboroto “de Padre y Señor Nuestro”, hicieron corrillos de a tres, de a cinco... otras conspiraron en una sola casa, de donde salían para meterse a cualquiera de las viviendas... algunas corrían de un lado a otro como buscando a alguien que les dijera qué tenían que hacer, hasta que por fin todas se reunieron en un solo grupo. Rato después, salió humo blanco:

--- Será jefe de hogar de la primera con quien se juntó, dijo precisamente la más joven. Y agregó: Con ella es con quien tiene más hijos.

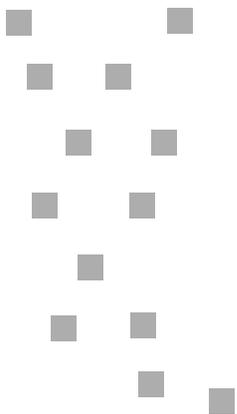
--- Sí ---respondió la escogida, una mujer de unos 45 años---, desde que tengo doce años estoy con él y no me ha dejado ni yo lo he dejado.

En ese mundo como de ficción, tenía que ocurrir lo insólito: se armó un fiestonón y en la vivienda de la elegida se izó la bandera colombiana.

Entonces Dora se ríó para sus adentros. Y para afuera lanzó una carcajada porque no sabía si estaba en un mundo de fantasías o de realidades.

“Tengo ocho mujeres y 55 hijos”





“EN ESTE PUEBLO NO HAY LADRONES”

El 26 de este enero pasado fue un día especial para Guachavez, Nariño, porque la enconada y vieja enemistad entre el alcalde local, Henry Bacca, y el gobernador del cabildo, Libardo Caranguay, llegó a su fin con una maniobra tan inteligente y especial que ya la quisiera para sí las Naciones Unidas.

Su gestor fue José Luis Ramírez Bonilla, administrador de empresas, separado, con dos hijas, locuaz, y quien en un abrir y cerrar de ojos se gana la amistad de cualquiera que sea su interlocutor.

--- Ambos –recuerda Ramírez, coordinador en este municipio-- tenían unas relaciones muy cortantes por diferencias políticas. Pero coincidían en que no veían con buenos ojos el censo. El alcalde, porque pretendía que quienes realizaran el proceso fueran todos de allí, o sea “criollos” y no indígenas; y el gobernador del cabildo

porque quería que un porcentaje fuera indígena, seis de catorce. En el fondo, todo se reducía a un interés económico: el alcalde pensaba que si se censaban a la población como indígena los recursos que da la Nación para el municipio iban a ser para el Cabildo. Y al contrario.

Ramírez Bonilla, que se había percatado del grado de intolerancia a que habían llegado Bacca y Caranguay, los citó por aparte en un pequeño salón municipal. El primero en llegar fue el alcalde, un hombre de unos 30 años de edad, liberal, de tez blanca, cabello castaño y ojos verdes, lo que no deja de ser paradójico en ese pueblo donde los “criollos” (40 por ciento) son morenos y de cabello y ojos negros. Como siempre: atildado en el vestir. Entró luego el gobernador indígena, de 45 años, contextura gruesa, bajo de estatura, pelo lacio y piel morena. Como siempre: vistiendo jeans, camisa y chaqueta. Los dos se miraron recelosos y antes de que ocurriera algo distinto a su propósito de entendimiento, Ramírez les habló del censo con una especie de parábola: “Si el padre no sabe cuántos hijos tiene, ni qué hacen, ni qué necesitan o qué tienen para ofrecer, la familia jamás va a salir adelante”. Lo cual, agregó, “no se los va a perdonar la comunidad porque un nuevo censo será hasta dentro de diez años”. Luego los miró y les mostró una sonrisa como diciéndoles y ahora qué. Los dos hombres se observaron unos segundos y entonces se levantaron, se estrecharon las manos y decidieron trabajar en conjunto.

Como siempre, el indígena vestía jeans, camisa y chaqueta

El municipio de Guachavez tiene la originalidad de que no se llama así. Su verdadero nombre es Santacruz. ---Pero son contados lo que lo saben --asegura Ramírez. Inclusive en los mapas y documentos oficiales aparece con aquella denominación. Está ubicado a hora y veinte minutos de Túquerres y el recorrido de los últimos ocho kilómetros para llegar se hace en moto. Sólo a las 3 de la tarde sale el transporte normal. “Yo no estaba preparado, iba encorbatado, saco, dos maletas, un portafolio y cajas con material de trabajo del



DANE... pues así me tuve que montar en una moto 185 manejada por un señor al que no le vi ni la cara porque estaba tapado hasta el alma. Esos conductores llevan pasamontañas, ruanas y guantes, pues hace un frío tremendo”. Del largo rosario de vivencias que tuvo en este pueblo, esta fue la primera de las que anotó con prolijidad en su memoria, y que reconstruye hasta en sus detalles mínimos cuando se reúne con su “montón de amigos”. Es en esos ratos que les cuenta cosas como estas:

“Entonces la gente comenzó a abandonar sus casas llevando a sus hijos, una cobija y una almohada”

---La zona urbana del municipio apenas es de 19 manzanas, la rural es extensa y posee dos resguardos, el de El Sande y Guachavez, cuyo centro es la zona urbana del pueblo. La iglesia del parque es muy grande para el tamaño de esta población, cuya arquitectura es muy distinta a la de la mayoría de los pueblitos nuestros, porque las casas son de ladrillo, parece estrato 3.

---Los indígenas se dedican al cultivo, pero en la parte rural se ve mucha pobreza y es evidente que ellos todavía conservan muchas de sus costumbres: el hombre es el que manda. Tienen don de gentes, son muy amables y atentos, cualquier cosa que uno necesite, ahí mismo le colaboran con ganas, con voluntad. Los de las partes bajas del municipio tienen rasgos indígenas muy marcados, mientras los de las partes altas son algo mestizos.

Entre los recuerdos mejor sentidos por Ramírez en ese viaje por el nudo montañoso del sur colombiano, el más significativo fue la alegría de la gente de Guachavez, “aún con el ambiente pesado que se respira” debido a los hostigamiento de los grupos ilegales. Con un ejemplo resume esta situación: “Una tarde yo estaba en el DANE, ubicado dentro de la misma Alcaldía, cuando subieron a avisarme que me fuera porque andaban diciendo que iban a atacar a la Alcaldía. Cuando salí, vi a la gente abandonar sus casas, con sus hijos, con una cobija y almohada. Pero era muy raro porque no se les veía cara de preocupación, parecía como si estuvieran en un



ejercicio normal. También me sorprendió que dejaran sus pertenencias sin intranquilidad. Luego supe por qué: en ese municipio no hay ladrones”.

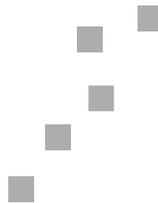
Aunque hubo varias amenazas de ataque al municipio lo único que paró el censo fueron unas fiestas. Las de San Sebastián, el patrono del pueblo. Son tres días de un monumental jolgorio colectivo que comienza con una misa y una serenata de 28 niños y termina tres días después con todo un pueblo, hostigado pero por el cansancio de tanto beber, bailar y comer.

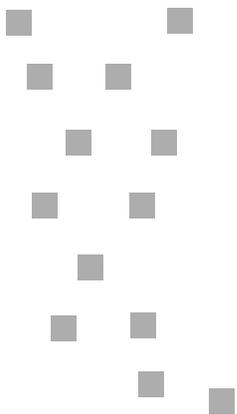
Setenta y dos horas en las que no desperdician un segundo tomando rompopo (aguardiente casero con leche y huevo), jugando chaza (algo así como el tenis, pero sin raqueta ni malla, solo con la mano), bailando saya (música afroboliviana que se baila brincando) y estrenando ropa.

Cuando Ramírez subió a la moto del regreso definitivo, lo hizo con dolor, por los gratos recuerdos, porque nunca le cerraron una puerta, porque jamás le dijeron no a una angustia, a una necesidad suya y porque conoció lo que para él es el acto sublime del amor:

“Cuando una mujer de la comunidad de los Pastos va a dar a luz, el hombre se le coloca al lado y comienza a estrujarse los testículos con la misma intensidad con que ella va sintiendo los dolores del parto, así él comparte el sufrimiento de su compañera”.

Durante tres días con sus noches se entregaron a un monumental jolgorio colectivo





LA SEÑORA DE GALAPA

**Cachacal no es cualquier barrio barranquillero,
es un enclave de gente del interior del país.
Y muy particular: casi todos son conductores.
Camioneros, para más señas.**

Aparecen con sus vehículos de carga pesada y los estacionan en las vías, en apretujadas hileras que apenas dejan la anchura suficiente para que puedan pasar los transeúntes. Llegan con los ojos en la nuca, martirizados por las largas jornadas en las carreteras colombianas. No tienen tiempo de buscar hoteles y prefieren roncar las traspasadas en hamacas que cuelgan entre los espacios libres de las carrocerías y las muelles enlantados de los vehículos. Además, se ahorran el hospedaje, aparte de que entre todos montan una muralla de seguridad impenetrable para cualquiera que piense siquiera en robarles algo de la mercancía que transportan.

Cachacal es también asentamiento de gente marginal. O más exactamente: de caminantes de la calle también llegados del interior del país, que acuden a donde sus paisanos para que los auxilien con alguna moneda. O a que, en una última esperanza, les informen

sobre sus familiares. Es el caso de una señora del municipio de Galapa, en el departamento del Atlántico, que desde hace 18 años busca a su hijo extraviado, pues le habían dicho sus vecinos que el muchacho merodeaba el barrio en horas de la noche.

.Allí, en esa Babel de acentos y dichos interioranos y donde los rostros de algunos muestran la catástrofe de las drogas, y los de todos la tragedia de la soledad, se hizo el Censo de Habitantes de la Calle, en coordinación con la Alcaldía Distrital y con la colaboración de la Policía Nacional. Un mundo difícil, pero todo funcionó bien.

Días después, la señora de Galapa llegó a la oficina del Censo con el deseo de que se le diera alguna información que permitiera encontrar a su hijo. Le contó a Ezequiel Quiroz, director territorial del censo, y a su asistente, que noche tras noche viajaba desde su pueblo hasta Cachacal para buscarlo, que le dejaba mensajes y señuelos para que regresara al hogar y que siempre, desde hacía muchos años, regresaba con el alma partida.

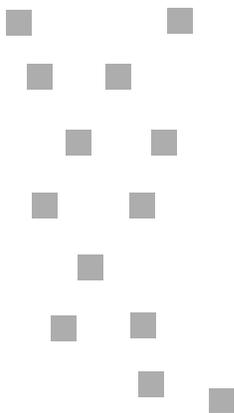
---Ustedes hicieron el censo allí y tiene que saber de mi hijo, les dijo con voz de fe.

Entonces ellos le hablaron de la Reserva Estadística, de la confidencialidad que esta implicaba, del secreto estadístico. Utilizaron todos los maquillajes para que la explicación no tuviera la dureza de la verdad, pero la señora de Galapa nunca entendió “esa ley”. O mejor, en su obstinación de madre no había lugar para “esa ley”.

---El dolor de una mamá está por encima de esa reserva, les dijo desde esa procesión que llevaba por dentro. “Eso es inhumano”, murmuró atragantada por la congoja. Y se retiró de la oficina arrastrando los pies.

Ese día, Ezequiel Quiroz y su asistente también regresaron a sus hogares con el alma partida. ■ ■

“Ustedes
tienen
que saber
dónde está
mi hijo
perdido”



TARDE DE TOROS

Después de lo que padecieron, Claudia, Karina y Sonia no quieren saber nunca más de toros, ni siquiera convertidos en succulentos filetes. A no ser por el placer que les produce verlos asar a fuego vivo.

A las tres muchachas, estos animales las persiguieron, las hicieron caer y rodar por solares y potreros empedrados o cubiertos de maleza con espinas, saltar por encima de alambradas de púas y sentirse muertas porque detrás del escalofriante bufido había un par de cuernos dispuestos a clavarse en sus espaldas.

Para risas y maldiciones de estas encuestadoras, cuando lograron eludir la persecución de los toros supieron que los bichos eran mansos como palomas. En realidad no las perseguían, lo que hacían era “calmar su natural curiosidad, entre otras razones porque ninguna persona se debe entrometer en sus terrenos”, según le explicó un campesino a una de ellas.

Esto le sucedió a Karina Eraso en una vereda de Nariño. Tenía que encuestar una finca y aunque quedaba lejos decidió irse a pie por la carretera. A los pocos metros se encontró con un hombre, a quien le preguntó si había un camino que fuera mas corto para llegar a ese lugar. Le respondió que no, “pero si atraviesa ese potrero llega rápido”.

La joven le hizo caso. Luego de que bordeó la cerca, abrió un paquete de chitos para distraerse. No había caminado mas de cien pasos cuando sintió que la tierra temblaba.

---- No atinaba a imaginarme lo qué podría ser, hasta que miré para atrás y vi como diez toros que se venían encima ---recuerda ahora con un dejo de burla.

Karina empezó a correr desesperadamente, buscando la cerca. Mientras tanto, los chitos se le caían al potrero, lo que parecía enfurecer más a los animales. En un momento supuso que el brillo del paquete era lo que llamaba la atención de los toros, y lo guardó entre su morral.

----Pero no, continuaron persiguiéndome. Hasta que llegué a la cerca. Y no era cualquier cerca, estaba construida con alambres de púas. No se como salté ni tampoco por qué no resulté herida. Desde allí vi a los toros, como raspando el pasto.

Casi al instante, Karina escuchó unos gritos. Era el hombre con quien se había encontrado minutos antes. Venía jadeando y sudando. ---Señorita, señorita --le dijo ya en tono menos fuerte --es que vengo a advertirla de una cosa.

--- ¿Qué? le preguntó la joven.

--- Mire, no vaya comiendo porque a los toros les gusta.
 ---- ¿Los chitos?
 ---- No, la sal.

Karina se echó a reír. Pero miró con furia a los toros.

A Sonia también le sucedió algo parecido. Tenía que censar una casa de la vereda San Juan Alto, a tres horas de Pasto, Nariño. Para recortar camino, tomó por un desvío de la carretera, que a la postre se le convirtió en martirio.

No había
 caminado
 más de
 cien pasos
 cuando
 sintió que
 la tierra
 temblaba

---- Fue engorroso andar por ahí... a cada rato me resbalaba porque esa trocha estaba cubierta de hojas mojadas. Además tenía los pies empapados de tanto brincar quebradas, y eso que llevaba botas.

Cuando llegó a un llano aparecieron dos toros. El susto la paralizó. Quedó muda y se le escapó del cuerpo todo instinto de conservación. Parecía resignada a la muerte. Pero los animales ni se dieron cuenta que existía, porque pasaron por su lado con una indiferencia más propia de estrella de televisión que de un animalón de 400 kilos de peso.

Tan pronto se recuperó, no tuvo opción distinta a correr como un conejo para poder llegar a tiempo a la finca. Cuando llegó, no encontró a nadie. Un vecino del lugar le dijo que la señora que habitaba allí estaba en una novena en la escuela.

----No importa. Voy para allá, le contestó.

---- Pero queda como a dos horas.

--- No importa, me voy corriendo. Y así lo hizo. Pero durante el carrerón no dejó un instante en lanzar maldiciones a los toros por haber sido los culpables de su demora. Carrerón que en definitiva no le sirvió para nada. Porque aunque llegó a tiempo, la señora todavía estaba en la novena. A las dos horas terminó la ceremonia y por fin Sonia creyó que podía encuestarla.

No lo pudo hacer inmediatamente porque la señora era la Virgen de la novena! y tenía que despedir hasta el último de los asistentes al acto religioso.

Sonia se sentó en un pupitre, hundió la cabeza en el pecho y exclamó muy calladamente: “Primero se me aparecen dos toros y ahora una Virgen que parece que se me estuviera escapando para que no la encueste. Esto no lo cree nadie”.

Claudia Patricia no tuvo mejor suerte con los toros que Sonia y Karina. Tenía que buscar una vereda del Municipio de Chivor, Boyacá. Nadie le dijo que para llegar a ese lugar había que agarrar por un camino destapado, estrecho y empinado. Así que se fue en su pequeño Twingo.

Desde luego, quedó varada a mitad del camino. Sacando fuerzas de donde no las tenía lo empujó unos metros, pero el vehículo empezó a rodar lentamente hacia atrás. Por fortuna había unas piedras cerca, con las que trancó las ruedas traseras. Se le ocurrió entonces una idea: “Arranco en primera, avanzo un trecho y cuando ya no de más el motor, coloco de nuevo las piedras para frenarlo y otra vez le meto el mismo cambio”. En esa faena duró tres horas, a pleno sol. Pero llegó el momento en que de tanto subir y bajar del

El susto la
paralizó
y se le
escapó todo
instinto de
conservación



auto y de cargar rocas el cansancio la venció. Ahí fue cuando se le apareció un toro.

---- Era un animal muy grande... me llené de pavor y me cerré en el carro. Intenté dar la vuelta pero fue imposible por lo estrecha que era la carretera. Además estaba en el filo de un cerro con abismos a lado y lado. En varias ocasiones eché reversa, pero desistía porque el toro me seguía. Era terrible ver esa bestia pegada a la ventana mía, empañando con su babaza el vidrio. Me agarró la desesperación y me puse a llorar.

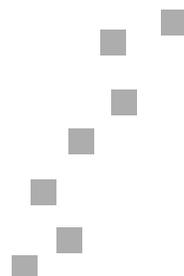
Todavía Claudia no sabe cuántas horas pasó encerrada en el carro

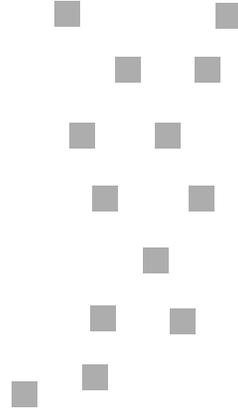
Todavía Claudia no sabe cuántas horas pasó encerrada en el carro. Lo que si recuerda con “pelos y señales” fue el final risible de lo que para ella fue una “lenta agonía”.

Sin saber de dónde, lo cierto fue que apareció un hombre que con solo arrojarle una piedrita espantó al toro.

--- Señor, llevó acá horas amenazada por ese toro. No pude mover el auto porque ahí mismo se me venía encima...

---Mi señora, es por curiosidad. Por acá no llegan carritos como el suyo y eso le llama la atención. O a lo mejor, como anda el mundo de avanzado, es que creyó que era una vaca ide la última generación!





UN HISTORIA PARA OLVIDAR

Aunque han transcurrido muchas semanas desde aquella mañana en que Hugo Armando Aguirre vivió la peor de sus experiencias, todavía se le estruja el alma cuando la recuerda. Si es que en algún momento la olvida.

Por eso siempre que se refiere a ella, la rememora con las mismas palabras, con la misma pesadumbre y con el mismo padecimiento. Y a pesar de que intenta a cada momento arrojarla al mundo de lo irrecuperable, no lo puede hacer porque se le quedó remachada en todo el cuerpo.

Mil veces le han preguntado con el consabido “cómo fue eso”, y él no puede omitir un milímetro ni un segundo de lo que nunca hubiera querido enterarse:

---- Yo soy de Manizales y allí supe de la convocatoria del censo. Me presenté con unos amigos a ver si nos aceptaban. Nos dijeron



que primero teníamos que recibir capacitación y luego nos hacían un examen. Lo pasé y quedé en el grupo de trabajo. Me seleccionaron para censar grupos de barrios unidos geográficamente.

Con su vinculación al censo, Hugo Armando no podía estar sino feliz, por la simple razón de que aun siendo técnico en sistemas no tenía trabajo. Desde muy temprano salía de su casa, con los documentos del censo muy bien ordenados en el maletín de trabajo. Una mañana se despidió de su familia más temprano de lo usual. ----Me voy a un barrio estrato 5, de esos que pertenecen a un nivel socio económico alto ---dijo en la puerta.

Le abrió la
puerta una
señora alta,
elegante
y de
ademanos
refinados

En efecto, se trataba de una residencia que no podía albergar sino gente adinerada, y además de buen gusto. Eso lo pensó ante de timbrar, y lo comprobó cuando quien le abrió la puerta fue una señora alta, elegante y de ademanes refinados. Sin complicaciones de ninguna especie, lo invitó a seguir. Se sentaron en una espaciosa sala. Él en un poltrona y la dama ---como la calificaba mentalmente--- en un sofá. Hugo Armando le preguntó si había alguien más. --No, le contestó la señora---, mi esposo está en el trabajo pero no demora.

Hugo Armando sacó los documentos y paso a paso se fue desarrollando el cuestionario, que la señora respondía con precisión y de manera concreta, sin rodeos. Hasta que llegó a las preguntas que nunca hubiera querido hacer:

- ¿Tiene hijos?
- Sí, le respondió
- ¿Cuántos?
- Uno.
- ¿Vivo?



---- No, muerto.

---- Perdón, señora --le respondió Hugo Armando reprochándose en voz baja por la inoportuna pregunta--- Debo preguntar esto sino la máquina no me deja avanzar en el cuestionario Pero la señora no lo escuchó porque comenzó a ahogarse en sus propias lágrimas y gemidos ---Tranquila señora, cálmese, no piense en lo que le pregunté ----le repetía. Aun así no lograba calmarla. Al contrario, se iba trastornando cada vez más. De nuevo le pidió perdón, pero ella no pudo prestarle atención porque se fue como alejando de la vida.

No tuvo salida distinta a la de llamar a su supervisora. Le explicó lo que había sucedido e intentaron serenarla. No lo lograron. Así, aturcidos por la angustia y la impotencia, pasaron diez minutos; hasta que un rayo de lucidez les aclaró la mente. ---Busquemos al esposo ---le propuso Hugo Armando a su compañera de labores.

Al instante estaba al frente de la dolorosa situación y con unos masajes y esencias logró que la señora recuperara el sentido. Entonces fue cuando Hugo Armando se enteró de la espantosa tragedia de la señora, ocurrida unas pocas semanas antes. Cuando un desconocido llamó a la puerta de su casa...

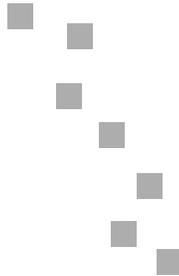
Como lo hacía todas las veces, abrió el portón sin ningún temor. Pero quedó estupefacta al encontrar en el umbral a un hombre armado de un revólver y además con el rostro cubierto por un pasamontañas. Sin darle tiempo de nada, le apuntó a la cabeza y la empujó hacia el interior de la vivienda. En la sala, le indicó que abriera la caja fuerte, siempre apuntándole. La señora obedeció y accionó la clave. Abrió lentamente la puertecilla y con la mano derecha fue sacando una a una sus joyas y el dinero que guardaba allí. De pronto, la señora sintió entre los dedos el frío del cañón de un revólver que también guardaba allí, en la caja de caudales. Se

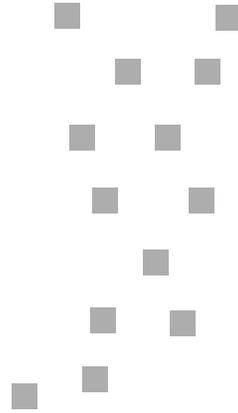
Ella no le pudo prestar atención porque se fue como alejando de la vida



llenó de valor, lo acomodó entre la mano, se volteó con celeridad y le vació toda la carga. El encapuchado se desplomó sin un solo quejido. Fue una muerte instantánea.

La señora no perdió la calma, aunque ya daba síntomas de crisis, y se comunicó con la policía. Cuando llegaron los agentes, les contó lo que había sucedido. Tomaron fotografías, registraron algunos datos y procedieron a identificar al delincuente. Le quitaron el pasamontañas. Era un joven igual a todos. Pero para la señora no. Era su hijo.





¡HOY SÍ FUE MI DÍA!

La primera impresión que Andrés Chacón Pascás tuvo de Sara fue que se trataba de una auténtica hippie. Además, y de eso estaba seguro, de las últimas y pocas que todavía deambulan por estos mundos.

--- Queremos ser contados con mi esposo y mis hijos, le dijo tan pronto traspuso la puerta de la oficina donde Chacón opera como coordinador general del municipio nariñense de Ricaurte. Y se extendió durante largo rato en una charla extrovertida y clara que puntualizó así:

--- Somos buenos ciudadanos y por eso queremos participar en el censo.

Hasta ahí todo le pareció normal a Chacón Pascás. Solo cuando le preguntó en dónde vivía fue que se deslumbró:

--- En un sitio muy bello de Pangan.



De inmediato, este ingeniero de sistemas, profesor de Telecomunicaciones y próximo a graduarse como ingeniero electrónico, ubicó mentalmente a Pangan: se trata de una reserva natural ---que lleva ese nombre por una hermosa ave negra---, una zona selvática tropical, una extensa región donde sería casi imposible que el grupo rural del censo hallara a esta familia...

--- ¿Y ustedes qué hacen por allá? ---le preguntó. Ahí fue su asombro total:

“Este es
el Paraíso
que
Dios nos
entregó”

--- Es que somos de la comunidad Rom (gitanos).

Entonces Sara le contó que eran nómadas, pero que habían decidido vivir en ese lugar por lo fascinante, que vendía joyas artesanales que ellos mismos fabricaban y que también leían la mano y las barajas. Dijo también que se alimentaban de lo que la naturaleza les brindaba y que por eso eran vegetarianos, que ellos mismos le enseñaban a sus hijos a leer y escribir “aunque cuando paramos bastante en un sitio los matriculamos en la escuela, como ahora”.

--- ¿Cómo se llaman?

--- El varón, de cinco años, Girpal, que quiere decir León Blanco; y la niña, de tres, Lluvia.

Con esta última palabra, la joven mujer le dio los documentos de la familia y Chacón comenzó a llenar el formulario con los datos de esta comunidad Rom, quizás la más pequeña que existe.

Al igual que esta historia, fueron muchas las que encontraron Chacón y su grupo de encuestadores en este, como él mismo lo califica, “contradictorio” municipio de Ricaurte. Para empezar, está

en la lista roja, suficiente motivo para frenar a cualquiera que deseara trabajarle al censo. Inclusive él, que lo pidió para encuestarlo, se arrepintió y quiso echarse para atrás. Sin embargo, no lo hizo por disciplina, porque es fanático de los grandes retos y porque descubrió la llave para que le abrieran las puertas: ganarse a los indígenas, que son el 80 por ciento de la población y ocupan el 90 por ciento del territorio.

Pero Ricaurte es más que un simple punto rojo en los mapas de orden público. Es un municipio en su totalidad montañoso, atravesado por ríos y con planadas extensas llenas de palmito, chiro, maíz, plátano. La vegetación es la de la selva tropical y húmeda, pues la mayor parte del año llueve. Únicamente en verano, de junio a agosto, la temperatura caliente y en promedio llega a los 23 grados centígrados.

Acá también se encuentra otra reserva natural, la de La Planada, donde con facilidad se puede tropezar con osos de anteojos. La fauna y la flora son tan variadas y extraordinarias como exuberantes. No en vano el coordinador de campo rural David Alejandro Rodríguez lo definió como el “Paraíso que Dios nos entregó para amarlo y respetarlo”.

Por esos territorios --- “Tan hermosos como un muchacha”, según dice Chacón---, las mujeres y los hombres del censo necesariamente tenían que trabajar extasiados, aunque con algo de temor por la presencia del narcotráfico.

---No se metan donde no deben ni con quien no conocen. Anden pasito, nos aconsejó una de las señoras que preparaba la alimentación. Nosotros le aseguramos que así lo haríamos porque era más importante conocer con precisión cuántos somos y qué hacemos.



Pensando de esta manera no les sobra razón cuando califican estos desagradables instantes de insignificantes. Lo trascendente, como dice David Alejandro Rodríguez, “era levantarnos en plena naturaleza y escuchar el ruido de los ríos acompañado del trinar de pájaros y grillos y sobre todo conocer los valores de cada una de las personas que encuestábamos”. Inclusive hasta las situaciones graciosas fueron para ellos mucho más importantes, como lo de la casa sin paredes.

“Cuando timbré, el animal se me botó encima...”

A una encuestadora le correspondió una zona que había sido afectada por una toma de la guerrilla. Todo iba funcionando correctamente hasta cuándo llegó al punto de vivienda y le preguntó al dueño de casa sobre el material de las paredes. Éste se levantó furioso de la silla dónde estaba sentado y gritó:

--- ¡Acaso no ve que no tiene paredes!

En efecto, la residencia tenía varias paredes deterioradas y otras derruidas.

--- De todas formas son o fueron de ladrillo y eso debo señalarlo en el cuestionario, respondió con suavidad.

El hombre no se calmó y reafirmó que debía escribir que “mi casa no tiene paredes”. La joven, para apaciguarlo y poder terminar su labor, le dijo que el censo tendría en cuenta esa situación. Aun así no se tranquilizó, aunque accedió a responder las preguntas con la advertencia de que “voy a demandar al DANE”.

Los fenómenos naturales también se les atravesaron. Cuando censaban el último barrio de Ricaurte, sobre la vía a Tumaco, se desparramó un aguacero tan fuerte que se llevó de por medio varias



casas y ocasionó un derrumbe de tierra y lodo sobre la carretera. Quedaron aislados. Nadie quería pasar al otro lado por temor a resultar sepultado por un nuevo deslizamiento. En ese desespero general no perdieron el control y aprovecharon el mínimo segundo para hablarles sobre la necesidad del censo. Además se involucraron en la ayuda a los damnificados. Y también en lo tragicómico de la situación:

Tuvieron que alquilar botas para pasar sobre el lodazal “a dos mil pesos sencillas y tres mil quinientos con bolsas plásticas como medias”, pagar minutos de celular como si fueran horas y ser espectadores de un velorio en una improvisada capilla porque ninguno de los habitantes del barrio se atrevía a llevarlo al otro lado. Al fin unos hombres se decidieron a realizar la luctuosa labor, pero cobrando cuatro mil pesos. En esos momentos se enojaron, pero hoy se ríen porque haciendo el censo “se ve de todo”. Hasta ser “hueso” para perros.

Eso le hizo recordar a Chacón Tascán que días antes, en un mismo recorrido, fue tres veces atacado por feroces canes. En realidad ese no era su día. Pasto, donde era también coordinador urbano, había amanecido cubierto de ceniza por el volcán Galeras, y eso, desde luego, le infundió algo de temor. Pero “como no podíamos dejar a la comunidad esperando” se arriesgó a salir a la calle. La primera vez, un pequeño pincher, a punta de ladridos, lo mantuvo a raya durante mucho tiempo en la puerta de la casa que iba a encuestar. A lo mejor era por la vestimenta que llevaba: tapabocas y uniforme blanco. En la segunda ocasión, se topó con un bóxer al que vio “como de dos metros de alto por dos de ancho”. Dormía al lado de la entrada de la vivienda que debía visitar. Cuando timbró, el animal se le botó encima. Chacón casi se desmaya del susto y solo se recuperó cuando entendió que los lametazos que el boxer le daba en



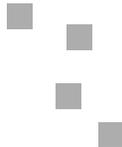
la cara eran de “cariño”. Media hora después, por cortar camino, tomó un atajo que desembocaba en unos lotes desocupados. No tenía por qué saber que allí había dos chandosos, estos sí de una furia de pasmo. De una se le abalanzaron con los hocicos llenos de espuma, lo que lo obligó a salir en carrera, hasta que encontró un lugar donde protegerse. Se le prendió el bombillo y se acordó que guardaba todavía algo del refrigerio. Se lo arrojó a los perros, que despedazaron su contenido a tarascazos.

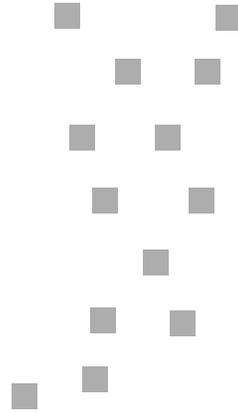
---No es mi día ----murmuró mientras huía del lugar.

En cambio su día sí fue el del cierre del censo. El alcalde de Ricaurte, Carlos Ortiz Guanga, indígena del pueblo Awa, le propuso que lo realizaran el Día de la Mujer, una fecha que la población celebra a todo timbal: se reúne todo el pueblo en la plaza, se le entregan rosas a las mujeres, se les da serenata, les hacen reconocimientos a las que sobresalieron en sus actividades y se juega la final del campeonato femenino de microfútbol y baloncesto.

En ese ambiente tan rigurosamente dedicado a la mujer nativa, hubo espacio por primera vez en Ricaurte para brindárselo a alguien distinto a ellas: a la gente del censo. Hubo palabras de agradecimiento y abrazos entre todos. Al otro día les ofrecieron un almuerzo en una finca, y de nuevo las “gracias por haber estado entre nosotros, compartiendo nuestras vidas”. Pero con todo y eso, lo que más los conmovió fueron las lágrimas de varios indígenas cuando al final de la tarde se despidieron “hasta el próximo censo”.

--Hoy sí fue mi día ---se repitió para sí mismo Chacón Pascás durante todo el viaje de regreso.





UN HÉROE, SIN PAPEL

Había terminado estudios en la Universidad, me disponía a elaborar la tesis y a pasar algunas hojas de vida para conseguir el primer empleo.

Mi padre, sin decírmelo, me había dado a entender que ya no tenía más ahorros para poder sostenerme, ni tenía más fuerzas para conseguir trabajos adicionales, como hasta ahora lo había hecho, para costearme el valor de la matrícula.

Supé por algunos compañeros que estaban reclutando gente para el Censo. Me dije, yo soy el hombre, en 1993 cuando mi hermano mayor cursaba noveno grado, en el Colegio Salesiano, le había tocado censar y me contó que eso era muy divertido. Además, como soy inquieto, le había preguntado a mi padre si el había sido alguna vez encuestador. Esto me respondió: - joven, está hablando con un experto. En 1973 cursaba último año de bachillerato en Tunja y el profesor me escogió como supervisor del censo en el que los alum-



...se paró de la mesa del comedor donde departíamos para traer a manera de ilustración, la boleta censal, el recorte de prensa...

nos actuarían como encuestadores. Debí hacer tan bien el encargo que debía figurar en los archivos del Dane, por que en el censo de 1985, entre los muchos que nos presentamos aspirando al puesto, ese sí remunerado, me seleccionaron como coordinador municipal del censo del municipio de Cómbita. Así que, mijo... pregunte lo que quiera de los censos. La juguetona respuesta, me hizo pensar que estaba orgulloso de su experiencia.

Resolví presentarme a la selección de encuestadores que estaba haciendo mi universidad. Estaba convencido de que cuando me pasaran el formulario de inscripción, llenaría con letras mayúsculas la casilla de Experiencia en el oficio, con una nota “toda, mi familia es censadora”. Para mi infortunio, no había tal pregunta. Pero pasé las pruebas, recibí el entrenamiento, y lo que son los genes.. clasifiqué como coordinador regional, esto es, tendría a mi cargo el censo de varios pueblos. Esto era una responsabilidad de mayor jerarquía que la que tuvo mi viejo. Sin embargo, me propuse no alardear de eso cuando le contara que ya había obtenido mi primer empleo.

Así lo hice, el estaba tan contento como yo, o tal vez más. Para él, la noticia le significaba un alivio en la economía familiar bajo su exclusiva responsabilidad, y era también la oportunidad de enseñarme otra cosa de las que sabía y que siempre aprovechaba para ejercer su profesión de docente con una placentera satisfacción paternal. No paraba de hacerme recomendaciones y advertencias. Esa noche mi paciente madre tuvo que acompañarnos en una larga velada en la que con el detalle con que los mayores describen las cosas del pasado, quiso ilustrarme sobre los objetivos, y procedimientos de un censo. En más de una ocasión se paró de la mesa del comedor donde departíamos, para traer a manera de ilustración, la boleta censal, el recorte de prensa, o el libro de resultados que el había guardado cuidadosamente, al lado de una modesta colección de libros. Novelas colombianas, dos o tres clásicos, y hasta las leccio-

nes por correspondencia que alguna vez compró para aprender a reparar radios y televisores.

Aprecié mucho esta cálida conversación familiar. Pero al día siguiente lo que me dijeron los instructores era algo bien diferente. Comenzando porque ahora no se usaba el papel, el lápiz, el sacapuntas y el borrador, que mi viejo había dicho- hay que cuidarlos como un tesoro, sin ellos tú no eres nadie en el censo. Me presentaron un computador de mano, es decir un pequeño aparato que lo hace todo por uno. Al verlo, por un momento dude de mi supuesta pericia censal, quise retirarme del salón. Pero reflexioné, ¿qué le contaré esta noche a mi padre?, y entonces contuve todo impulso derrotista.

En pocas horas, y con la ayuda de un CD que me dieron para leerlo en el computador de mi casa, me convertí en un experto del manejo de la bendita máquina y recitaba los llamados conceptos censales. En la semana siguiente ya estaba listo para salir a la provincia de Sumapaz, la profunda provincia. No les cuento todo lo que viví, porque muchas de las experiencias ya se las contaron mis compañeros. Sólo quería decirles que al final de cada día, después de sentir la satisfacción de sortear tantas dificultades para llegar hasta el último sitio, enfrentarme a lo desconocido, sentía que mi exaltado espíritu patriótico no cabía en mi menudo cuerpo. Casi me sentía como un héroe nacional, o como un miembro de la expedición botánica.

Cada día al regresar al sitio de alojamiento, quería contarle a todos los que me encontraba, lo mucho que había visto en mi recorrido. Pero para mi desdicha, para los habitantes del lugar, todo eso les era tan familiar, tan cotidiano, que me dejaban con la palabra en la boca. Para no convertir esto en un sentimiento en frustración, por las noches, una vez transmitía los datos censales por Telecom, llamaba

Un día, con el propósito de conservar en alto la moral decidí comprar periódicos



al viejo. El si me escuchaba con interés, me hacía repetir algunos pasajes, y hasta me pedía que le escribiera detalles en un correo electrónico. Después de unas semanas, haciendo las cuentas de lo que estaba gastando en larga distancia, tuve que mermarle a esta práctica. La cuenta telefónica creció tanto, que había que ponerle el tate quieto, a mis arrebatos como cuentero.

Entonces
mi padre
me dijo:
las cosas
no cambian
tanto como
tú crees

Un día, con el propósito de conservar en alto la moral decidí comprar periódicos. Pensé, allí debe aparecer todo lo que estamos haciendo los recolectores de los datos del censo, y quien quita que hasta mi nombre como ejemplo de esfuerzo patriótico. Guardaré los recortes, me propuse, para cuando regrese a casa, hacerle un donativo a la biblioteca paterna, completar su colección de recortes de prensa censales.

Comencé:

Portafolio “Cuestionamientos en el Senado al Gobierno. Lo que parece un asunto técnico, como es el cambio en la metodología del Censo de Población, ha provocado ya un debate en el Congreso y una protesta de los académicos e investigadores.”

El Tiempo “Críticos dicen que el nuevo sistema es para países desarrollados que cuentan con sistemas de información modernos”

El Mundo de Medellín (8 de octubre) “Censo Comenzó con Problemas” “Con el pie izquierdo arrancó el Censo 2005 en el país, por problemas en los computadores, en las redes de comunicación, en la logística y en las notificaciones de los ciudadanos”

El Universal de Cartagena (9 de octubre de 2005) “Primer día del Censo en Bolívar fue un fracaso”

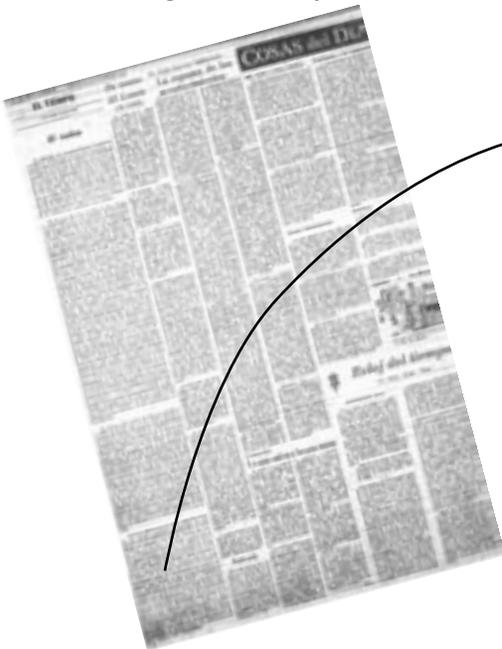
Editorial de **El Colombiano** (11 de octubre de 2005) “Calificar los primeros días del censo nacional como macondianos sería una gran injusticia con el realismo mágico”

Me quedé realmente sorprendido. En los escritorios de las oficinas de redacción, las cosas se veían muy distintas. Tuve rabia, no se si por la incomprensión de los periodistas, o por comprobar la ingenuidad con que me había hecho ilusiones de figurar en la galería de patriotas ilustres que construyen los grandes medios de comunicaciones.

Para distraerme y compartir lo que sentía, empaqueté los recortes en un mail de Internet y los envié a mi viejo.

Pasaron varios días, el me había hecho llegar, no se por que medios, unas fotocopias de sus propios recortes. Con una simple nota: Las cosas no cambian tanto como tú crees, en otros tiempos las críticas de la prensa a los censos eran tanto o más ácidas, no es culpa de ellos, es culpa nuestra de no contar como se hace un censo.

En seguida estas perlas:



El Tiempo, pág. 4A (Editorial, 30 de octubre de 1973) “lo primero que se debería aprender como lección es que para el próximo rodeo tal vez no sea necesario paralizar al país, y que quizá con las nuevas máquinas de computación, se puedan contar a los colombianos sin tanto costo y tanta incomodidad”.



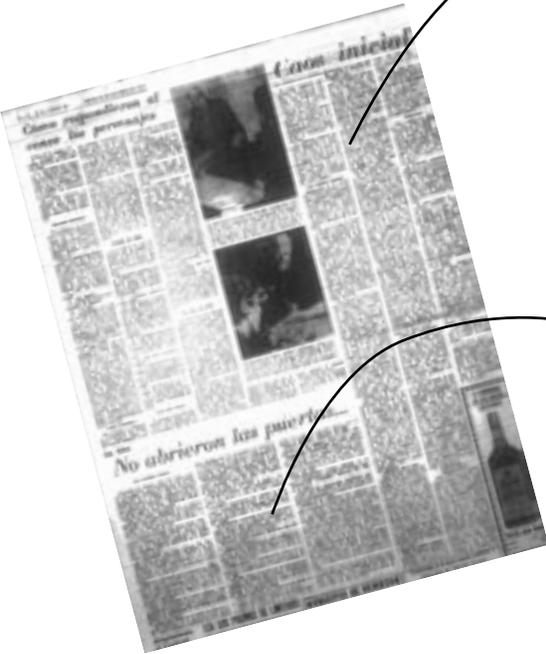
El Tiempo, pág 6A (19 de octubre de 1973) “Campaña contra el Censo: ...hay intentos de sabotaje en la promoción del censo. ... grupos de maestros, invitan mediante volantes a sus colegas y padres de familia para que no colaboren con las labores del censo.

...la pérdida de material de instrucción ...los “conatos de sabotaje se han presentado principalmente en Bogotá. Se han conocido también intentos en Bucaramanga”.



El Espectador, pág. 2A (Editorial: La jornada del censo, 25 de octubre de 1973).

...“¿Era necesario clausurar todas las actividades para realizar el Censo?: Entendemos que un país puede ser censado sin alterar su actividad normal y que en esta forma se está realizando el censo en otros países. Entre nosotros, optamos ayer por el sistema tradicional, pero acaso por última vez, porque no será ya en lo sucesivo encerrar a un país para censarlo. De todos modos, inclusive al precio del confinamiento ciudadano, valía la pena realizar esta empresa fundamental”.



→ **El Tiempo**, pág. 6A (25 de octubre de 1973) Noticia: “Caos inicial”. Intertítulos: “Nos dejaron botados”, “Perdido en El Chicó”, “Citados a las 2 a.m.”, “Aquí no se puede trabajar”, “Se les frustró la misa”, “culpa del computador” y “Emborracharon a los empadronadores”.

→ Noticia: No abrieron las puertas...

...“Medellín: sabotaje al censo en algunos lugares... Barranquilla: fue notoria la falla de jefes de manzana... Popayán: fue destruida una parte del material censal... Maicao: falló la entrega de material censal y la actividad se retrasó”.



→ **El Tiempo**, pág. 9A (20 de octubre de 1973) ...“La Alianza Nacional Popular (Anapo) intervino también ayer en el conflicto educativo amenazando al Gobierno con facultar a su militancia para obstruir las labores del censo, si no se da una rápida solución al paro de maestros.

...nuestro partido tiene que presionar soluciones justas, dignas y eficaces. Por encima del principio de autoridad está el principio de la justicia”...



El Tiempo, pág. 5C (19 octubre de 1985). Noticia: Destituido director del censo

→ ...“El director del Censo 85 para el Meta, Víctor Manuel Parrado, fue destituido fulminantemente del cargo por supuesta intervención en política... Afirman que Parrado introdujo “variaciones” en el formulario censal, como la siguiente: “usted, por quién va a votar en las próximas elecciones”.

→ ...“En Ibagué: Los 18 jefes de centro del Censo 85 fueron destituidos como consecuencia de agrios enfrentamientos con el director departamental, Mesías Rodríguez. Los destituidos anunciaron que entablaran demanda contra el gobierno pues firmaron contrato hasta principios de noviembre”.



→ **El Tiempo**, pág 5A (21 de octubre de 1985). En la sección Cartas al Director de El Tiempo, el señor Rafael Aramendia Hernández aseguró que “la metodología empleada en la programación del censo de 85 no es la más pedagógica por cuanto se modificó la tradición de hacer los censos en un solo día por la de realizarlo en un lapso de quince días”.



→ **El Espectador**, pág. 12A (3 de octubre de 1993) : Noticia: “Censo, luego intrigo”. Entrada: “Los únicos que pueden evitar la tentación de politizar el Censo son los políticos y el director del Dane. Unos son débiles y a los otros no se les conoce la templanza”.

→ ...“Peligra el censo por politiquería” ...“Severos cuestionamientos al director del Dane en la Cámara de Representantes. Se le acusa de parcialidad en el nombramiento de funcionarios”.



→ **El Espectador**, pág. 4A (22 de octubre de 1993). En la Carta de los Lectores. Nota: Censo en domingo de la señora Alicia de Acevedo de Bogotá, quien se preguntó varias cosas: “¿por qué se les ocurrió la idea tan extravagante de hacer el censo un domingo? ¿Acaso no está mandado por Dios que en ese día no se debe trabajar y si se debe ir al acto de culto? ¿No será que el director del censo es un enemigo de la religión?”



El Espectador, primera pág.(31 de octubre de 1993). Noticia: “La Guerrilla censó primero. Entrada: “Las Farc se le adelantaron al Gobierno y realizaron el censo rural y semiurbano por estratos”.

... (pág. 8A) El tabloide reveló que en una operación militar en contra de los guerrilleros se encontró documentación sobre censos realizados en varias regiones: “Los libros de pasta dura están titulados como Censo de personal y diario de información, y contienen cada uno de los formularios con los que se encuestó a los habitantes de los Llanos Orientales y Tolima, teniendo como patrón un formato de más de 30 preguntas abiertas y diez cerradas”.



→ **El Tiempo**, pág. 5A (26 de octubre de 1993). El ex Ministro Abdón Espinosa Valderrama, en su columna 'Espuma de los acontecimientos', bajo el título **Cuántos somos y cómo vivimos** decía: "Personalmente para mí, el censo de población y vivienda fue una gran decepción. Más temprano de lo acostumbrado, salté de la cama, ansioso por cumplir la cita con la patria. A lo largo del día, esperé en vano a los empadronadores. De acuerdo con las instrucciones dadas a través de los periódicos, procuré incansablemente comunicarme con los teléfonos de reclamo y auxilio. Siempre sonaron ocupados".

Quando terminé la lectura, que hice casi sin respirar, quede atónito, o yo no se, ¿como se dice?: estupefacto, tal vez. En voz alta pronuncié unas palabras como para que la escuchara la profunda soledad de la media noche: Yo, José Bernal, no soy un héroe, soy un simple boyaco que cumple su deber, aunque nadie lo quiera saber.

